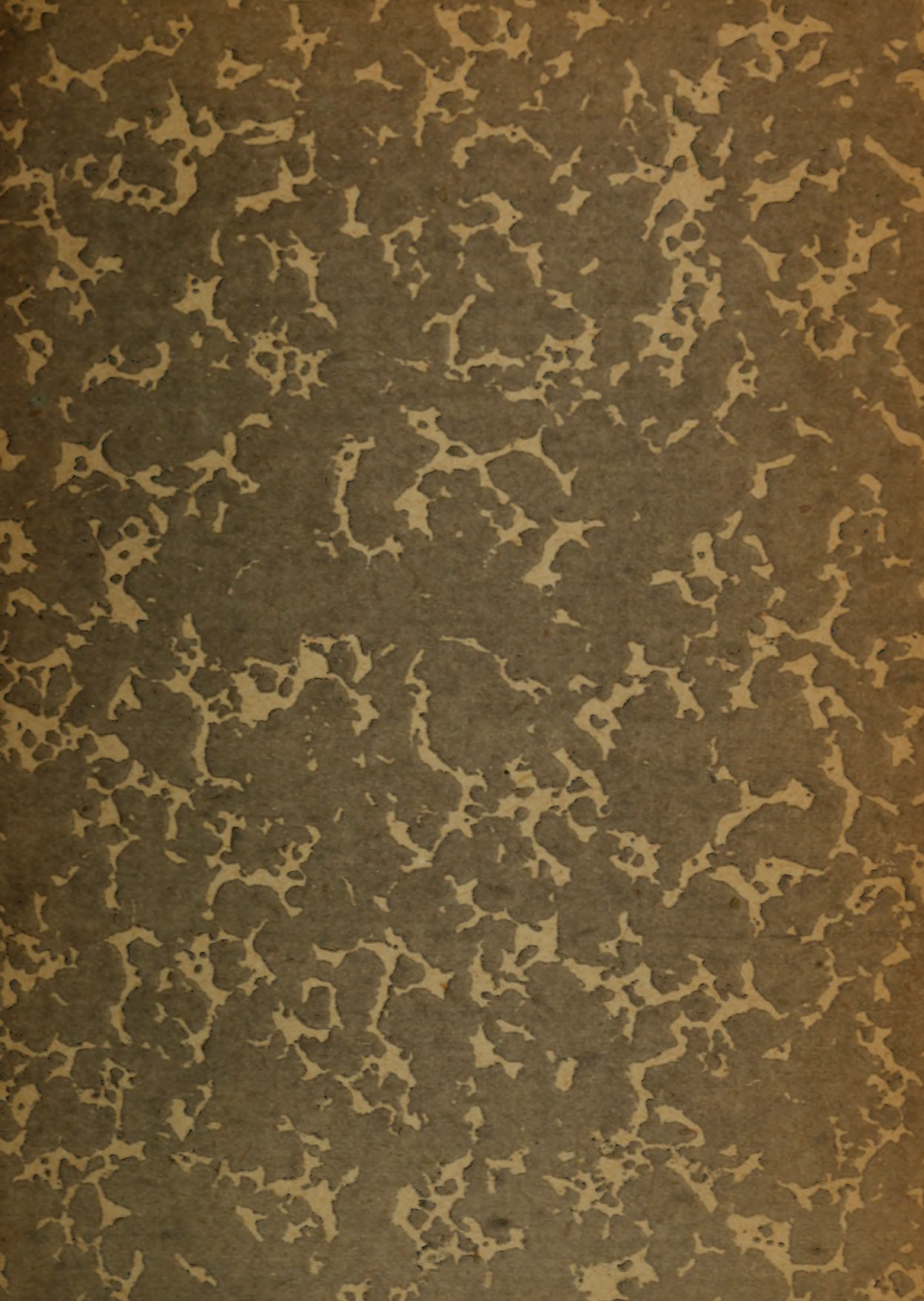




3 1761 08820274 2





Rasgos de ingenio
de
Jacinto Benavente

Obras de

MANUEL GIL DE OTO

La Argentina que yo he visto.
... Y aquí traigo los papeles.
Retratos al aguafuerte.
Timbas, Chirlatas y Casinos.

Edición ilustrada 6 pesetas

EN PREPARACIÓN

Obras completas. (Edición revisada y definitiva)

Tomo I

La Argentina que yo he visto: ... Y aquí
traigo los papeles: Retratos al aguafuerte.

Las tres obras de gran éxito, reunidas en un lujoso
volumen de 400 páginas, con ilustraciones de
Juliá, Longoria y Mirco 4 pesetas

B456

Yg

Rasgos de ingenio
de
Jacinto Benavente

Dedicatoria: Apuntes para un retrato de Jacinto Benavente; Recopilación: Advertencias; Aclaraciones y Notas de

Manuel Gil de Oto

Portada de Angel Femenía. Caricaturas y apuntes de Longoria y de Juliá

186490.

10.1.24.

PUBLICACIONES MUNDIAL

Rambla del Centro, 11

BARCELONA

Dedicatoria

ESTE libro quiere ser cálida ofrenda de devota admiración.

Se equivocarán los torpes y los mezquinos — las almas enanas y los cerebros menguados — que busquen por los caminos de la malicia, una innecesaria relación entre la grandeza y la sinceridad del propósito y la poquedad del homenaje.

He leído o me han contado — que no soy hombre de feliz memoria ni escritor de papeletas y de archivos — que un devoto de la Virgen, espíritu ingenuo y simple, supo, para probarle su amor, escribir el Avemaría en un menguado grano de arroz. De este paciente y fervoroso trabajo hizo su ofrenda el enamorado de María, al que algún tiempo después se le apareció la Virgen, para decirle que jamás se le había hecho una ofrenda tan pequeña ni tan grata.

Tal vez la mía no lo sea a Benavente, porque,

sobre ser pequeña, tiene otras faltas que mi desmaña no ha podido remediar.

Que la buena intención me salve y la lealtad con que aquí confieso mi ignorancia me disculpe.

Doy lo que tengo y lo doy de corazón. Yo, como otro gran devoto, el *titiritero de la Virgen*, que ha servido a un gran artista para hacer un bello cuento, falto de palabras elocuentes y de pensamientos bellos, expreso mi devoción haciendo mis mejores cabriolas con un fervor y un anhelo que hacen el ridículo imposible.

Para frustrarles mejor el mal intento a los que quisieran pregonar, para enojarme, el poco acierto con que he sabido expresar en este libro mi admiración a Benavente, cierro esta dedicatoria con unas palabras mías, publicadas hace años, que son la confesión desmañada de mi fe grande y de mi reconocida impotencia :

A JACINTO BENAVENTE

Yo, que no sé adular, ante ti, ciego
de resplandor y luz, caigo de hinojos,
y en el suelo los ojos,

como quien ruega a un dios, ante ti ruego.

Yo te debo, señor, más que la vida,
pues que la vida es mi sufrir, y al darte
su homenaje y su fe, mi alma, rendida,
gracias te da del bálsamo de Arte,
con que le alivias su dolor.

 Mi pluma,
de la tuya envidiosa,
diera todo por ser pluma gloriosa,
capaz de hablar de tu grandeza suma.
Mi sangre yo te diera agradecido,
en pago de los mágicos instantes
de gozo inmaterial que he conocido,
viviendo en los brillantes
bellos rincones de tu edén florido.

 Quisiera devolverte el alma mía,
el sabroso pan y el grato vino,
que tú me has dado, como Cristo un día
a los suyos brindó en la Eucaristía
el don precioso de su Ser divino.
Pretende mi locura la ilusoria
necia soberbia de escalar tu cima,
y en atildada rima
hacer un canto digno de tu gloria.

 Si yo fuese poeta de tu altura,
este fervor que expreso con desmaña
lo escribiera mi amor con galanura,
en una hermosa poesía extraña,
que entonarí­a al despuntar la aurora,

RASGOS DE INGENIO

cuando Apolo a los pájaros inspira,
mirando al cielo y en la mar cantora,
y luego que adornado hubiese Flora,
el cordaje armonioso de mi lira.

Sí: quisiera inspirado hacerte un canto,
todo belleza y luz, y en verso hermoso
pregonar el encanto
de tu decir fecundo y armonioso,
la fuerza de tu noble pensamiento,
la gracia de tu ingenio poderoso
alado como el viento,
tu audacia incomparable, la energía
con que manejas fiero,
hábil, gentil, valiente y caballero,
el florete sutil de tu ironía,
de rico puño y refulgente acero.

Fuera mi canto digno de tu nombre
si en verso varonil lo cincelara,
que hoy que la gallardía es virtud rara,
tú, al acusar resuelto, eres un hombre
que habla verdades y que da la cara.

Sería mi cantar noble y valiente
semejante a la prosa soberana
que de tu genio mana,
como agua cristalina de una fuente,
y por eso es tu prosa,
que la sed calma y a beber convida
al sediento de vida y cosas bellas,
humanamente desigual y hermosa,

DE JACINTO BENAVENTE

como son desiguales las estrellas,
como la sierra undosa,
como el amor de la mujer querida,
lo mismo que la mar embravecida,
y el cielo, que da amor y da centellas,
como el fulgor del sol, como la vida.

No tiene tu decir el artificio,
de lo falso y lo igual del virtuoso,
que hace con su penar torpe y mañoso
de su estéril vivir su mayor vicio.

Tú lloras, tú padeces la tristura,
de tu dolido hermano;
hay en tu verbo dejos de amargura,
tu boca besa y amenaza y jura
tú eres fuerza y pasión, tú eres humano.

Tiene nervios y sangre tu lenguaje,
tiene tu pluma alma,
y da frescura, bienestar y calma
tu jardín de poeta, con follaje
de grata poesía,
tan verde y oloroso, tan florido,
que a las cantoras aves serviría,
para amparar su amor y hacer su nido.

Tu pluma, como el Orbe rica y varia,
tiene gamas, matices y colores;
cuando quiere dar flores
junta con el clavel la pasionaria;
cuando el amor la inspira,
como doliente corazón suspira

RASGOS DE INGENIO

u homérica da gritos de coraje;
que en tu mano la lira
se engrandece y aumenta su cordaje.

Es tu pluma genial lábaro santo,
que da esperanza y fe; jalón y guía
flauta de oro, sistro de armonía
y plectro para el canto;
es a la vez antorcha guiadora,
primoroso cincel, duro venablo,
guadaña segadora
y pincel prodigioso del vocablo:
es palma del martirio para el bueno,
y dedo acusador para el malvado,
espigadora hoz, reja de arado
y áspid astuto de mortal veneno.

Es, en la paz, un nardo que perfuma,
pero cuando tu mano,
quiere el mal fustigar, se hace tu pluma
clava, puñal, estoque toledano,
cetro amenazador y justiciero,
estilete punzante,
ariete destructor, daga de acero
cuerda de horca y látigo infamante.

.

Más diría, señor, pero batalla
vanamente mi lengua,
y descubriendo su miseria, calla

DE JACINTO BENAVENTE

triste al ver que no halla,
canto que a tu esplendor no sea mengua.

Con los ojos clavados en el suelo,
porque mi devoción tu piedad vea,
yo imploro tu favor; desde tu cielo
baja, convierte en realidad mi anhelo,
y mi silencio de impotencia sea
mi canto inexpresado de armonía,
beso a tu mano señorial y fuerte,
aliento a tu energía;
temor a tu ironía,
florentino puñal que da la muerte,
asombro de tu fuerza creadora;
trino de ruseñor para tu aurora;
flores a la belleza
de tu decir fecundo e inspirado;
elogio de tu nombre celebrado;
laurel inmarcesible a tu cabeza;
tributo a tu grandeza;
aplauso de tu triunfo bien ganado;
a tu stirpe homenaje;
estatua a tu memoria;
galardón merecido a tu victoria,
a tu realeza augusta vasallaje
e incienso y oración para tu gloria.

Jacinto Benavente

Apuntes para un retrato



NO es cosa fácil retratar a Benavente. Los espíritus inquietos y los temperamentos nerviosos son detestables modelos de fotógrafos y de pintores.

Los niños, que son todo espontaneidad y vida y los poetas, que son niños mientras viven, no saben estarse quietos delante del objetivo. Odian la *pose* afectada y sienten justificado rubor al pensar que se trata de perpetuar sus facciones y su cuerpo, haciéndoles adoptar expresión y postura poco sinceras y forzadas.

A los niños muy traviosos hay que enseñarles juguetes para que se dejen retratar; a muchos artis-

tas se les suele fascinar también con la lisonja de que sus contemporáneos y las generaciones futuras necesitan conocer su físico para admirarlos mejor.

A los nenes lindos y a los hombres fatuos se les convence con facilidad y se les retrata sin gran trabajo. Unos y otros están siempre dispuestos a que se les contemple y a que se les exhiba. Muchos de estos hombres vanos y exhibicionistas llegan, a fuerza de práctica, a *posar* como modelos de oficio. Sentados ante una mesa ministro, llena de libros, o en el rincón más vistoso de su bien provista biblioteca, adoptan bellas posturas de pensadores. Los más se toman el trabajo inútil de abrir un libro muy grande del que hacen muy poco caso, por tener que mirar al objetivo con los ojos inmóviles y muy abiertos.

Si Benavente fuera uno de estos pensadores de instantánea o uno de los dramaturgos de interviú, nada tan fácil como presentar hechos a los lectores, como yo había pensado, su fotografía física y su retrato moral.

Pero ya he dicho al comienzo, que es Benavente un hombre inquieto, y ahora añadido que es su espíritu tan complicado y tan desigual, que no hay manera de contar con él ni para fotografiarle con calma y bien ni para sondearle el alma con acierto y con paciencia.

Me limito, pues, a dar lo mejor que pueda los apuntes que he tomado. Quien más sepa que haga el dificultoso retrato.

No muy aventajado de estatura, cenceño y enfermizo en apariencia, parece, a primera vista, un hombrecillo dominable y débil. Primera paradoja y primer engaño. Su debilidad física y su docilidad de espíritu son apariencia, travesura, burla.

Su salud es de roble. Come menos que un pájaro; fuma como un mulato habanero; trasnocha más que la luna. Todo lo soporta bien, produce con facilidad y sin fatiga su cerebro y no tiene alifafes, aunque hace ya medio siglo que lleva la misma vida, mala, según los fisiólogos.

Pareja con su muy disimulada fortaleza física, corre su enmascarada energía moral. Sus palabras suaves y jamás desentonadas y sus ademanes exquisitos, ocultan un carácter formidable.

Sus enfados no son nunca palabreros, ni sus decisiones violentas. Para conceder y para negar, tiene siempre un *sí* o un *no* breves, seguros y tercos.

Una persona de la intimidad de Benavente, por quien siente amor de padre y adoración de fetiche, me decía, ponderando la suavidad engañosa del dramaturgo.

«Es como una recia barra de templado acero, ligeramente cubierta de una capita de cera. La fina cubierta le da apariencia de blando; pero apenas se le araña, queda el duro acero al descubierto».

Yo he hablado con Benavente sólo dos veces; nuestra conversación ha sido breve y de mera cortesía. He solicitado con respeto la autoridad de su firma, con propósitos editoriales, y él ha accedido benévolo. Dos peticiones de este género le he hecho y dos favores honrosos he conseguido.

La primera vez le visité en su casa, donde vive con su madre, hoy achacosa y anciana, casa que, según me han dicho, es la única de Madrid que ha sido testigo mudo de todas las alegrías y de todos los pesares del artista, puesto que en ella nació y en ella ha pasado toda su vida gloriosa.

Fuí a su casa, como he dicho, y, aunque nadie me presentaba, se me recibió sin dificultades y afablemente.

Eran las cuatro de la tarde. Benavente, que acababa de levantarse, se disponía a tomar su ligera colación.

Se me hizo pasar a un gabinete donde esperé unos minutos.

Yo no soy nada fisgón y tengo muy pocas mañas de *interviewador*, o como quiera llamarse a los periodistas preguntones, que molestan a las gentes



de algún viso con investigaciones domiciliarias y averiguaciones, que son necias, cuando no son indiscretas. Digo esto, para excusar mi silencio con los lectores curiosos, que ahora quisieran que les hiciese paciente el inventario de los muebles y las chucherías de gusto, que seguramente habría en el gabinete donde hablé con Benavente.

Reconozco que esto tendría importancia, para conocer mejor los gustos y el bienestar económico del gran artista. Pero yo no fuí a casa de Benavente ni como reportero entrometido, ni como albacea inventariador, y no tenía por qué husmear los muebles, catalogar los cuadros, ni contar las figurinas.

Comenté, sí, mentalmente, que Benavente fuera el primero de los eximios que visité en aquellos días, que no me hiciese esperar en su gabinete de trabajo, con una mesa muy grande, cubierta de pa-

pelotes revueltos, muchas estanterías con libros y un gran busto ante el balcón. Todos los escritores notables que yo conozco tienen en su gabinete de trabajo un descomunal busto, hecho en mármol, por un escultor amigo.

Benavente no tenía — al menos yo no lo ví — ni gabinete para trabajar ni busto en que contemplar su misma figura y su propia gloria.

Luego supe — y esto ya lo explicà todo — que Benavente, como Valle Inclán, lee y trabaja en la cama.

He dicho ya que mi espera en el gabinete fué muy corta; la entrevista con Benavente no fué muy larga tampoco.

Entró y vino a mi encuentro, mirándome con fijeza, con esa mirada interrogativa y desconfiada que tenemos todos para los desconocidos que vienen a nuestra casa con la visible intención de pedirnos algo.

Esta desconfianza ha de ser, sin duda, mucho mayor y más fundada, que en los pobretes, que tienen poco que otorgar, en los hombres poderosos o afamados, a cuyas puertas han de llamar de continuo los pedigüños necesitados, los admiradores necios y los importunos osados.

Por no parecer de éstos, mientras duraba la du-

da, me apresuré a decirle a Benavente lo que quería. Libros suyos, pagando en buena moneda.

Me interrogó con laconismo ; le respondí yo con brevedad y quedó el convenio hecho en principio. Una carta mía, enviada desde Barcelona, serviría para cerrar bien el trato.

Hablamos cinco minutos. Yo con mi atropello inevitable ; Benavente con voz queda, distraído y como azorado. Parecía un chiquillo, apocado y asustadizo, hablando de mala gana de lo que no le importaba.

Hecho así el trato, a la ligera y en pie, calló Don Jacinto, y yo, que entiendo bien el silencio, sea en la lengua que sea, comprendí muy claramente que ya estaba allí de más.

Me ofrecí rendido y alargué mi mano ; Benavente, mucho menos generoso, me dió tan sólo tres dedos, musitó una cortesía y me acompañó hasta la puerta.

Refiero la breve y fría entrevista, sin extrañeza y sin queja. Cuento buena y llanamente, porque así, a fuerza de pinceladas exactas, podré lograr que tenga algún parecido este difícil retrato.

Más adelante habré de dar otros datos que pongan más de relieve la indiferencia y el desdén de Benavente por muchas cosas, que, de ser él como

otros hombres, habrían de preocuparle mucho más que mi visita.

Yo no podía quejarme: me había recibido en su casa, sin conocerme y había sido cortés.

Su frialdad brumosa, más que dolerme, me causó extrañeza. Yo me había formado idealmente mi Benavente y me encontré chasqueado.

Yo conocía y admiraba sus comedias, a las que algunos han puesto como reparo mayor el ser los más de los personajes verbosos en demasía. «Todos — se ha dicho — piensan y hablan con la profundidad y la facundia de Benavente».

No ignoraba que era un lector admirable, y que es un placer doblado oír de su misma boca las ironías, las sentencias y los donaires de que están llenas sus obras.

Recordé que por darse un gusto nuevo, había representado *Los intereses creados* y hasta un inolvidable *Don Juan Tenorio*, en el que él, que hizo el Don Juan y mi gran amigo Palomero, que se encargó del Comendador, hicieron atrocidades *morcilleando* a placer:

«Veo que me has hecho plato ;
pero la cena se enfría,
y, si la como, tendría
que tomar bicarbonato.»



Improvisaba, disparatando graciosamente Don Gonzalo de Ulloa, en el convite del quinto acto, y Benavente le replicaba, con otros despropósitos jocosos, sin descomponerse ni amilanarse...

Todos estos recuerdos habían contribuído a que yo, dejando correr la fantasía, me hubiera forjado un Benavente a mi manera.

No digo — ¡ líbreme Dios ! — que el que había conocido fuera peor ni mejor. Digo sólo que era muy distinto y ahora añadido que sigue siendo lo mismo.

Lo he comprobado hace poco, en mi segunda visita.

Quise ver a Benavente, para que pusiera precio a su necesaria autorización, para reproducir algunas de sus comedias en una revista nueva.

Fuí a Madrid con el tiempo muy tasado y, no queriendo exponerme a ir a casa de Benavente en horas inoportunas, indagué con facilidad dónde le podría ver sin causarle mucho enojo. Supe que todas las noches tiene tertulia hasta tarde en el café de *Lisboa*.

Supuse, y supuse bien, que ya no le quedaría ni el más remoto recuerdo de mi visita relámpago, ni del santo de mi nombre, y, no encontrando correcto molestarle sin buen pretexto en un café, para hablarle de negocios, resolví ir esta vez amparado con una carta de presentación y excusa.

Me la dió, muy cariñosa, Pepe Cadenas.

Fuí a *Lisboa* a las dos de la madrugada, ví a Benavente, que estaba solo en su mesa, y le dí la carta.

Expliqué lo que quería lo más ligero que supe y Benavente me dijo, quedo, muy quedo, que no había inconveniente; pero que para acordar las condiciones y precio debía entenderme únicamente con su apoderado, Don Gregorio Martínez, cuyas señas me iba a dar.

Sacó Don Jacinto una tarjeta, apuntó la dirección ofrecida, me indicó la hora en que debía ver a Don Gregorio, y se puso en la boca un puro, a medio fumar, decidido a no hablar más.

Le malogré este propósito, preguntándole si po-

díamos confiar en que honraria la revista con algún trabajo inédito.

Él barbotó estas palabras :

—No ; no confíen ustedes. Ahora quiero descansar.

Y se echó de nuevo el puro a la boca, como si fuera un candado.

Cruzamos dos cumplimientos y me fuí.

Esta vez me separé de Benavente, como en la primera visita, agradecido a su cortesía y contento de haber logrado lo que había ido a pedirle. Y era mi alegría aun más completa, porque no la atenuaba ni la sorpresa ni el desengaño. Yo ya sabía que me hablaría bajito y que me hablaría poco.

Ni aún el detalle del puro, que disculpaba el no hablar, fué para mi novedad, porque ya conocía su intemperancia de fumador insaciable.

Desde que se levanta hasta que le rinde el sueño, fuma gozoso y sin tino. La mano izquierda, en uno de cuyos dedos — creo que el índice — lleva como anillo y amuleto dos pequeñas sierpes enroscadas, no tiene mayor trabajo que quitar y poner el humeante puro en la boca. Y este movimiento de vaivén no interrumpido, es como la palabra, la mirada y todo en Benavente, suave, blando, correcto y frío.

Este Benavente, de apariencia pusilánime, poco

hablador, displicente, frío, casi yerto, es el que yo conozco personalmente, el que he visto de cerca con mis propios ojos.

Pero hay otro Benavente muy distinto, locuaz, comunicativo, alegre. Este Benavente, tan diferente del que yo he visto, es un conversador incansable e ingenioso, cuando se encuentra a su gusto y confiado, entre gentes de su intimidad.

En los saloncillos de los teatros, en sus *peñas* de café, en la casa de Díaz de Mendoza y María Guerrero, a cuya mesa se sienta frecuentemente, es Don Jacinto un conversador ameno y un discutidor temible.

Entonces es Benavente ese hombre agudo y mordaz del que él mismo nos ha dado innumerables reproducciones, muy exquisitas, en distintos personajes de sus obras; este facundo y agresivo conversador es el popular Benavente de las sonrisas hirientes, de las miraditas epigramáticas y de las agudas frases fulminadoras.

Y hay todavía otro Benavente, curioso y desconcertador: un Benavente despreocupado, infantil y travieso, que se divierte con las cosas más triviales y aborrece cordialmente las aparatosidades y las nonadas pomposas, que tienen por respetables los hombres fatuos con seriedad de jumentos.

Como los niños terribles, tiene verdadero horror

a las personas demasiado fastidiosas, por ser graves, y cuando las circunstancias le obligan a soportar largo rato su desagradable visita, siente impulsos invencibles de enojar al visitante, sentándose, como por descuido, en su planchada chistera, o golpeándole con el pie, nervioso, las espinitillas.

Y no siempre ha sido dueño de contener sus instintos de chicuelo alocado y revoltoso, que en más de una ocasión ha escandalizado a las gentes serias con sus despropósitos burlones y con callejeras travesuras que él llama sus *toninadas*.

Nada suele haber tan grave para un autor de comedias, como el estreno de una obra suya. Los más, se pasean, agitados y nerviosos, por el escenario, aguardando, con comprensible impaciencia, el temido fallo del público juzgador. Cuando se acerca el momento de que uno de los artistas diga una frase de fuerza, que debe ayudar al éxito, el autor interrumpe sus paseos y es todo oídos. Si la frase pasa inadvertida o si se protesta, sufre una ruda emoción; si oye murmullos aprobatorios o aplausos cálidos, su esperanza crece y su orgullo se dilata.

Los autores muy impresionables no pueden seguir de cerca todas las azarosas peripecias del estreno de una obra suya. Esperan impacientes e inquietos el resultado en el saloncillo del teatro, en

el cuarto de un actor o en la calle. Allí aguardan a que un amigo muy íntimo acuda de cuando en cuando con las ansiadas noticias.

Estos momentos de duda son terribles para todos los autores, sin excluir a los más notables y a los más habituados a los éxitos ruidosos.

Sólo los nervios de Benavente soportan sin alterarse las vicisitudes de un estreno. Jamás escucha cómo dicen los actores lo que ha escrito, ni se preocupa gran cosa de que sus ingeniosidades se rían ni de que sus frases hondas se aplaudan.

Generalmente conversa con tranquilidad sincera con un amigo o con algún tramoyista. Y no es cosa rara, sino muy frecuente y graciosa, ver a Benavente, entretenido, mientras le estrenan una gran obra, en jugar a cara o cruz con *perras gordas*, con los empleados más modestos del escenario.

Benavente y sus compañeros de *partida* se agrupan ante una mesita, puesta al final del escenario, y gozan, ríen y hasta discuten, cuando no es muy limpia la jugada.

Más de una vez se ha dado el caso de pedir el público con impaciencia la salida del autor y resistirse con terquedad de chiquillo Benavente a interrumpir la interesante partida, hasta que cayesen las voladoras monedas, resolviendo la jugada.



El mismo desdén sincero que siente por los aplausos, tiene por todas las cosas. No hay nada que le impaciente ni nada que le atosigue.

¿Los laureles?... ¡Bah!... ¿El triunfo? Él ha dicho su opinión soltando esta frase escéptica: ¿Vale la pena triunfar?

En todas partes le espera la gloria; de todas partes le llaman; pero no escucha ninguna voz y sólo acude voluntarioso a donde le gusta ir.

Hace muchos años que ofreció muy seriamente que iba a escribir un libro de sátiras. Recibió luego muy ventajosas proposiciones de editores que querían publicar la obra. No se ha escrito todavía. Por olvido, por desdén y por pereza.

Prometió en otra ocasión traducir al castellano todas las obras de Shakespeare. Con inusitada diligencia dió a la imprenta el primer volumen con

la traducción maravillosa de *El Rey Lear*. El genio del comediógrafo británico había encontrado al fin un genio hermano que le comprendía y le interpretaba. El volumen fué un éxito editorial; la crítica elogió la magistral traducción. Y como todos esperábamos ansiosos más traducciones de Shakespeare, Benavente dió por finida su labor inteligente y celebrada de traductor.

Con idéntica inconstancia, hija de la misma indiferencia por la gloria y por el dinero, ha dejado incumplida su promesa de darnos una novela satírica que debía titular *En Madrid y en muchas casas*.

Por otra novela que prometió hace poco se le han hecho ofrecimientos que serían tentadores para otro escritor más cuidador de su hacienda.

¿Escribirá esta novela? Creo que no. Justifica esta sospecha la tenacidad con que se ha negado a tratar en serio ningún contrato, ni aún el que le ofrecía un editor madrileño, que firmaba desde luego en blanco, dejando que Benavente escribiera después las condiciones y el precio.

¿Publicará, como ya tiene ofrecido, sus memorias teatrales?

¿Escribirá siquiera este indiferente genial su discurso de académico?

Con frecuencia recibe cariñosas incitaciones de

Don Antonio Maura para que vaya al fin Benavente a ocupar su sillón en la Academia de la Lengua. El desdeñoso y holgazán electo, responde siempre que va a escribir su discurso; pero no lo escribe. Alvarez Quintero, Casares, Linares Rivas, todos los académicos nuevos, han llenado ya los aparatosos trámites; han dicho en sesión solemne unas cuantas frases lindas, han recibido muy graves la simbólica medalla y ya pueden cobrar dietas.

Sólo el poltrón Benavente parece no tener prisa porque un señor serio y vacuo — tal vez el poeta chirle Cavestany — nos le declare genio oficial en un espectáculo dominguero, elegante y ceremonioso.

¿Por qué no imitará — en ésto, no en la rapiña libresca — al precavido Azorín, que a buen seguro tiene ya el discurso bien apañadito, con su buen golpe de citas, para el día no lejano en que se le dé un sillón, no tanto por lo que ha escrito, como por la mudez admirable con que va siguiendo su carrera de diputado conservador y cunero?

Muy pocas deben de ser las ganas que el desdeñoso Benavente tiene de que los periódicos, por su ingreso en la Academia, le llamen recipiendario — que es cosa fea, sobre ser innecesaria — cuando no ha hecho caso en lo de escribir el erudito e in-

dispensable discurso, ni aún habiéndoselo rogado el señor Maura, quien, como todos sabemos, tuvo un mal día el poder dañoso de hacer cometer a Benavente una tontería grave que nos hizo dudar a muchos de la sinceridad de su obra y hasta de su gran talento.

La complicada elocuencia de Don Antonio logró en mal hora — hora de debilidad y olvido — hacer de Benavente el demoleedor, de Benavente, el apolítico escritor de *La farándula*, un diputado derechista y disciplinado; un cunero de *sí y no*.

Quizás esta claudicación momentánea no fuera a la postre sino una pesada broma, una prueba más de que a Benavente se le da una higa de muchas cosas que se tienen por muy graves.

Valga por lo que valiere, yo he de apuntar la *caída*, para recargar en el retrato que bosquejo los rasgos que acreditan a Benavente de burlón insuperable y desdeñoso terrible. De todas sus *toninadas*, ésta ha sido la más loca y la más grave.

Ya he nombrado a D. Gregorio Martínez. El apoderado fiel y activo de Benavente juega un papel importante en la vida del insigne dramaturgo.

No es posible escribir, aunque sea a grandes.

rasgos, la historia de Don Jacinto, sin hacer el justo elogio del admirador que le administra.

El hombre de letras ha encontrado, por su suerte y quizás por la de todos los que admiramos a Benavente, un precioso complemento en el hombre de los números. Es muy probable que si el apoderado leal no hubiese llegado a tiempo de contener la negra ola de codicias y rapiñas que acosaba a Benavente, ahogándole y asqueándole, no tendría, nuestro mejor dramaturgo, el reposo y el bienestar necesarios para crear sin acosos y dándose por entero a su labor y a su gloria.

Hay en todo esto que escribo una velada alusión a un lamentable período de la vida del glorioso artista. Insisto, breve y discreto, porque es preciso para dar más parecido al retrato.

En nuestro país se da con harta frecuencia el tipo del literato hormiguita. Muchos de nuestros escritores famosos han industrializado con maña su producción y hacen con trabajosa constancia dramas, novelas o cuentos, buscando sólo el provecho material, de momento y rápido.

Apegados reciamente a las miserias terrenales, piensan muy poco en la gloria: su única musa es el billete de banco, su inspiración la codicia, su Parnaso y su Helicón la Casa de la Moneda.

Unos, como Muñoz Seca, son cínicos y ostenta-

dores de su codicia : «Escribo para cobrar — dicen a quien quiere oirlo — y se me da una bicoca de que mis obras sean malas, con tal de que no lo sean las suspiradas pesetas que por ellas cobro».

El prototipo, en España, de estos literatos de despensa y de cajón, es Blasco Ibáñez, quien por el oro ha hecho cosas epopéyicas. Al fin, parece que ha logrado su furioso anhelo de ser rico. Felicitémonos todos, con la esperanza de que hoy que Blasco Ibáñez ha conseguido saciar la sed de oro que le atormentó toda la vida, podrá darnos el placer y podrá darse la gloria, de escribir con la honradez necesaria la obra desinteresada y perfecta que esperamos hace lustros los que creemos en su talento de formidable novelador. Sus obras de la edad moza son bella promesa, cuyo cumplimiento ha malogrado su torpe idea de hacerse en la edad madura buhonero de las letras y cosario ultramarino de literatura mercader.

Más corriente y más ladino que este tipo de literatos urracas, cínicos y descubiertos, es el de los logreros taimados con cacareos de liberales y desprendidos.

Es el caso del engañoso Carrere, el del chambergó aliancho y las canciones bohemias. El indumento afectado y los versos no sinceros de este mañoso poeta, nos hablan de un artista a lo Vi-

llón, manirroto y rebelde. Pero su rebeldía antiburguesa es tan poca, que hace compatibles su gritada devoción a la bohemia y su callado y fiel amor a un destinillo oficial del que procura sacar los mejores beneficios. Como bohemio se burla de los ordenados y sumisos; como burócrata, aspira, con buena filosofía, a ascender lo más posible. Muchos de sus furibundos cantos los ha compuesto en la oficina, a hurtadillas de sus jefes, y algunas de sus novelas las escribió, con buena caligrafía de perfecto oficinista, en caro papel de hilo, con filigrana oficial. Y para que fuera todo paradójico y risible, el descompuesto bohemio llevó un día las cuartillas a casa de su editor, bien ordenadas y mañosamente atadas con el balduque que hizo grotesco y simbólico la pluma burlona de Taboada.

Benavente, para ser distinto a todos, ni alardea de codicioso, ni exterioriza su desdén por el dinero. Le da tan poca importancia, que no se acuerda de él. No es un despilfarrador, ni un pródigo; es sólo un olvidadizo.

Como jamás le ha faltado ni casa ni plato puesto, no ha sentido seriamente la necesidad cruel de trabajar para vivir.

Su sino y su gusto es escribir, y sin esfuerzo, como quien se da un inefable placer, engendra y pare los maravillosos hijos de su rica fantasía. Des-

RASGOS DE INGENIO

interesado y fecundo como la tierra, nos brinda a todos en esperadas cosechas sus sabrosos frutos. Su mejor placer es darlos.

Durante años y años Benavente se dejó explotar por todos. Cualquier editor logrero, le engañaba con muy poco; los amigos pedigüños le explotaban completamente de balde. De *Cartas de mujeres* se hicieron en poco tiempo cuatro ediciones facinerosas y productivas.

Cuando Benavente resolvió hacer por propia cuenta la edición completa de sus obras, se puso más de relieve su incapacidad de mercader. Las obras sólo eran suyas mientras estaban en prensa. Cuando salían de ella, en lugar de trocarse en oro, se convertían en humo.

Aquel negocio, que bien llevado debía producir una fortuna, sólo ocasionó a Benavente contrariedades y pérdidas.

Llegaron días de apuro y el mal se hizo más dañoso. Todos los matatías corrieron ansiosos a clavar sus uñas en Benavente. Cierto es que él, en lugar de ponerse en guardia y de defenderse, facilitaba el despojo y daba ocasión al robo.

En unos de los días negros, tuvo Benavente necesidad de dos mil pesetas. Fué a pedir las, en calidad de préstamo a corto plazo, a uno de los

libreros que más se habían lucrado con los libros del autor necesitado.

Quedó el trato hecho. Benavente recibiría las dos mil pesetas, firmando un pagaré de tres mil.

Y como la garantía del pagaré apremiante y robador le pareciera poco al librero (Q. S. G. H... si es que van también a la Gloria los ladrones), exigió además a Benavente que le enviase una cantidad de libros suficiente a garantizar el dinero que adeudaba.

Benavente ofreció hacer el envío de los tomos al otro día.

En efecto, a la mañana siguiente se paraba ante la librería un gran carro de mudanzas, abarrotado de libros. El prestamista librero miró con extrañeza la carga excesiva. Aquellos volúmenes representaban — él echó pronto la cuenta — más de veinte mil pesetas.

Como en tomar con exceso no podía haber engaño, no se opuso el librero a la descarga. Ya terminaba cuando llegó Benavente y aumentó al librero araña su agradable sorpresa, diciéndole:

—«En vez de tres mil pesetas de garantía que me pidió usted, le he enviado diez y ocho mil, veinte mil, no sé cuántas. He pensado que en vez de tener yo unos ejemplares y usted otros, es mejor

para los dos que todos los tenga usted : así asegura más el préstamo y yo me quito cuidados.»

Muchas operaciones análogas — que ésta no es más que un ejemplo — crearon a Benavente una situación apuradísima.

Los pagarés leoninos no se pagaban ; se hacían renovaciones absurdas, en las que los intereses usurarios subían continuamente.

Cuando los matatías creyeron bueno el momento, determinaron, en conjuración inicua, caer sobre Benavente, y como todas las leyes amparan los robos diestros, el pobre desvalijado estuvo a punto de ser enjuiciado por hurtador de los que le habían robado. La gente negra afilaba ya las uñas y hojeaba el Código.

En tan críticos momentos se encargó el señor Martínez de la administración de Benavente. La elección y su oportunidad no pudieron ser mejores.

Es don Gregorio hombre de números y de honradez probada. Su salud y su carácter se han hecho sanos y recios en plena naturaleza. Cazador certero e infatigable, tiene la ruda franqueza y las decisiones prontas, de los hombres fuertes. El puesto que se le ofrecía era de lucha, y lo aceptó decidido.

Las fierecillas y las alimañas que tenían acosa-

do a Benavente se apercibieron ; pero fué inútil. El seguro cazador dió buena cuenta de todas ellas. Pagó todo lo que debía pagarse dentro de los amplios límites puestos a la usura lícita ; regateó con los más avaros ; fué severo con los más recalci-trantes. Dió dinero y dió disgustos.

Al cabo de muchos meses y gracias a la táctica certera y varia de Don Gregorio, se vió Benavente dueño y señor de lo que siempre debió ser suyo, pero que hasta entonces sólo a él no le había aprovechado.

A medida que el señor Martínez ha ido asegu-rando con probidad y trabajo la hacienda de Be-navente, ha ido estrechándose el afecto entre apo-derado y poderdante, hasta llegar a la compene-tración absoluta en que ahora viven. Don Grego-rio cuida los bienes de Benavente más que los propios, y Don Jacinto, que conoce más que nadie la fidelidad celosa de su apoderado, vive más des-cuidado que nunca, bien seguro de que ahora no podrá dañarle su exagerado desprecio a los bie-nes materiales.

Aquí será pertinente, ya que de dinero hablamos, satisfacer la curiosidad de los que quieran saber si Benavente gana mucho o poco con sus obras.

Esta cuestión nos llevará como de la mano, a declarar que el teatro excepcional de Benavente ha conquistado por fin a los que al principio se resistieron a aceptar la nueva fórmula.

La crítica no fué benévola ni comprensiva cuando Benavente estrenó su primera obra, *El nido ajeno*. Los aristarcos del periodismo hablaron del autor y de la comedia con compasivo desdén. Algún critiquillo osado llegó a decir que el equivocado hijo del inolvidable Doctor Benavente, obraría con gran juicio volviendo a sus libros de Derecho, que ya había abandonado, y renunciando al teatro, en el que nada de provecho había de hacer. Temis recompensaría al equivocado joven del desamor manifiesto de Talía.

¡Qué aleccionadores y qué elocuentes son estas predicciones y estos recuerdos !

El retórico Aristarco osó reprender a Homero ; el gramático Clemencín mordisqueó con sus diente-cillos de ratón de biblioteca los zancajos de Cervantes ; el gacetero Arimón dió lecciones y palmetazos a Benavente... ; Revolquémonos de risa !...

Pocos recuerdan ya el nombre del atrevido plumífero, sentencioso y profético catador de ingenios, y al cabo de algunos años era proclamado, con justicia, Benavente el más fecundo, el más ori-

ginal y el más talentoso de los autores de comedias españolas.

El jovenzuelo impotente lleva escritas y estrenadas cerca de un centenar de comedias, entre las cuales se cuentan las mejores joyas literarias de nuestra dramaturgia contemporánea (*La noche del sábado*, *Los intereses creados*, *La comida de las fieras*) y un drama emocionador y fuerte (*La malquerida*), que es un admirable mentís dado por el ingenio vario y proteico de Benavente a los que le tenían por incapaz de escribir una obra de emoción ruda, de las que llegan a todos, porque hay en ellas más agitación que ideas, más acción que pensamientos.

Para muchos, el teatro es ésto, y Benavente ha probado gallardamente a estos muchos, que domina los secretos de estremecer a las muchedumbres con la misma fuerza que domeña el arte exquisito de deleitar inquietándolos a los espíritus sutiles y cultivados.

En la gradación forzosa de predilecciones y de amores que hacemos todos los que admiramos la obra total de un autor grande y fecundo, yo pongo *La malquerida* casi al final de la escala. Es la obra que menos me parece de Benavente, precisamente por ser la que se parece más a otros dramas españoles, no en el asunto, como sin razón se ha di-

cho, mas sí en la técnica, en las habilidades y hasta en los trucos. Hay en ella demasiada acción para mis nervios, excesivo interés de gacetilla para mi gusto, para mi espíritu muy poco *benaventismo*... Muchos comprenderán la añoranza de hondas ideas y palabras bellas que expresa este neologismo.

Estoy bien cierto de que Benavente no hará muchas obras al estilo de *La malquerida*; pero ha obrado cuerdamente enriqueciendo su bagaje literario y reforzando su hacienda con este drama, que sobre proporcionarle un éxito rotundo y ruidoso ha de granjearle una fortuna. *La malquerida* ha dado ya a Benavente más provecho material que todas sus demás obras. Ha servido además este drama intenso para que el nombre de nuestro primer comediógrafo se conozca y se admire fuera de España.

En los Estados Unidos es ya Benavente popular. *La malquerida*, bien traducida al inglés, ha sido representada con mucho éxito en las ciudades más populosas de Norteamérica. Para explotar sólo esta obra se ha organizado una buena compañía que va de ciudad en ciudad, emocionando a los públicos y recaudando a manos llenas los dólares, de los que una buena parte llegan pun-

tualmente a manos de Don Jacinto, por el conducto obligado y muy seguro de su fiel apoderado.

Del Benavente acosado por las alimañas de la usura, ya sólo queda un mal recuerdo que parece muy lejano. Ya es Don Jacinto autor de talonario y cuenta corriente, y como por causas que no hay para qué explicar, se separó de la Asociación de Autores, a diario se da cuenta de cómo crece la popularidad de su teatro, incomprendido y negado cuando apareció como aurora demasiado resplandeciente para los ojos fatigados o miopes de algunos críticos.

Algunas de las obras estrenadas en la época de la incompreensión — entre ellas *El nido ajeno* — se han *reestrenado* después con éxito clamoroso y definitivo. Cerca de veinte años han necesitado algunos para entender las agudezas y las lecciones de vida que había en las comedias de Benavente.

Hay todavía gozquecillos de la crítica emperados tercamente en molestar a Benavente con sus ladridos atolondrados e inútiles. El ladrado no los oye.

—¿Ha tenido usted enemigos en su carrera?— preguntaba González Fiol al comediógrafo.

Y éste le respondía, sereno:

—¡Pchs!... Debo de haberlos tenido. ¿Quién

no los tiene? Pero deben de haber sido poco importantes.

En efecto, los que yo conozco son corpúsculos, tan diminutos y están tan alejados de la órbita por donde Benavente astro avanza triunfante, que no hay posibilidad ni de encuentro ni de eclipse. Hay demasiada luz propia para tan mezquino obstáculo.

Si el agrio dómine señor Astrana Marín tuviese de hombre juicioso lo que le sobra de crítico atrabiliario, abandonaría ya su vano empeño de injuriar a don Jacinto, gritándole insensateces.

Con su vocerío destemplado no va a lograr otra cosa que perder su exigua voz. Si ahora ya no le oye nadie, ¿qué oyentes quiere tener cuando, en fuerza de gritar en el desierto, sobrevenga la afonía?

Siga el señor Astrana Marín regodeándose a su sabor con la prosa acompasada y mohosa de don Ricardo León, y deje en paz para siempre a Jacinto Benavente.

Señor Astrana Marín, ¡por las cenizas sagradas de Shakespeare, de quien se cree usted el par, porque le ha derramado, más que vertido, a nuestra lengua con rípios, no se obstine con terquedad de chochez en que todos sean arcainizantes, mañeros e inactuales!

Para remedar sin arte a los gloriosos abuelos— más estimables cuando escribieron con su habla propia y de cosas de su tiempo—y para sacar palabras de trapería de las amarillas hojas del vetusto Covarrubias, ya nos sobra con usted que quiere ser un Quevedo (¡ ansioso !), con León, el acompasado mojigato, y con el pobre diablejo de Dieguillo San José.

Benavente es de otro barrio ; ¿ por qué le tiene usted tirria ?

Cuando ya no ha sido fácil negar el genio de Benavente, ha tratado la crítica, entrometida y molesta, de encasillar al autor, buscándole filiación y poniéndole un marbete.

La travesura, la inquietud y la vena fecunda del rebelde y despreocupado comediógrafo ha destruído todas las innecesarias y caprichosas clasificaciones. Cuando, por haber compuesto una comedia punzadora y agresiva, se le llamaba satírico, desacreditaba el mote haciendo una obra sentimental llena de poesía y repleta de compasión generosa ; se le llama anticlerical, con injusticia, porque estrena *Los malhechores del bien*, y cuando le place replica pintando con gran amor la piadosa Hermana de la Caridad de *La fuerza bruta* ; luego de emocionarnos con una obra grande y honda, nos divierte alocadamente con una zarzuelita cómica

o nos deleita con un propósito casi improvisado por compromiso, en el que mezcla, con admirable derroche, las saetas de su sátira y las aromosas flores de su jardín de poeta.

Ahora al releer su obra para formar este libro, he podido darme exacta cuenta de la necesidad torpe y osada de los clasificadores obstinados en encontrar una casilla en que meter a empujones al genio caprichoso y voluble que nos ha escrito sin fatiga y sin esfuerzo: *La noche del sábado* y *La malquerida*, *La comida de las fieras* y *El nido ajeno*, *Gente conocida*, *Los intereses creados*, *Abuela y nieta*, *El dragón de fuego*, *La gata de Angora*, *Lo cursi*, *Señora ama*, y otras muchos obras más de diferentes tendencias y de desigual valía...

Ya es preciso terminar. No se agota la materia, pero me percato de que agoto vanamente la paciencia del lector, al que mi desmañada pluma no puede dar otra cosa que un atropellado palabreo, que sobre expresar con torpeza mi admiración a la obra inmensa de Benavente, no ha de servir a quien osado lo intente para trazar con justeza el retrato interesante y difícil de este hombre, paradógico y desconcertante, inquieto e inquietador, en el que todo es misterioso, engañoso y contradictorio. Sus ojillos pequeñitos y entornados tienen amplia y honda visión, escrutadora y lejana; sus pala-



bras dulces salen de sus labios exangües, como con temor y preñadas de ironías; sus ademanes blandos y escasos, de hombre apocado, encubren un gran carácter; el menguado cuerpo, es por un milagro geométrico y mecánico, envoltura y sostén de un alma inconmensurable. Los que admiramos su obra nos preguntamos al verle, ¿cómo puede ese hombrecillo débil con el peso formidable de su genio?

Recuerdo un hecho que es casi una explicación y que puede ser un símbolo.

Ya he memorado en estos apuntes una representación inolvidable del *Tenorio*, en la que Benavente hizo el papel de Don Juan.

A buen seguro que Zorrilla no hubiera reconocido a primera vista a su calavera, fanfarrón y gallardo en aquel hombre menudito, con pocos

bríos, que decía bien los versos, pero con voz apagada y ademanes mortecinos. Era preciso tener juicio muy desfavorable de la virtud y la fortaleza femeninas, para creer las andaluzas baladronadas de aquel Don Juan, que aseguraba rendirlas con presentarse. No, ciertamente, no era aquel el garrañón irresistible y canalla de la leyenda.

La duda se hizo aún mayor cuando se vió a Don Juanito acometer el empeño de avasallar y rendir a Doña Inés, encarnada en aquella representación memorable en una artista hermosa, corpulenta, exuberante. Junto a aquella buena moza pareció más abreviada la figura de Tenorio.

Todos tuvimos a una el mismo pensamiento; una duda que era al mismo tiempo justo temor y recreo anticipado. ¿Cómo demonios se las iba a componer el reducido Don Juan para el rapto inevitable? Aquella juncal Doña Inés era demasiado peso para los débiles brazos del burlador sevillano.

Pero llegó el momento esperado, y Benavente, engañador como siempre, dijo con brío sus imprecaciones y sus amenazas y se llevó, sin visible esfuerzo, el bello y pesado cuerpo de Doña Inés.

Para el auténtico Don Juan, apuesto, juvenil y fuerte, aquel hermoso cuerpo de mujer hubiera

sido pesada carga, cosa muy de cuidado y muy grave; para Benavente fué una paja.

Ya, después de aquel rapto inesperado y sencillo, nadie encontró cómica y desventajada la figura de Don Juan. Creimos todos en la posibilidad de que aquel Tenorio hubiera atropellado la razón y rendido a las mujeres.

Ignoro si fué efecto de esta impresión favorable o si sólo fué la obra de humana y torpe maledicencia, pero es lo cierto que algunos días después de la famosa representación se decía en los casinillos de Madrid — que es como decirlo en los mentideros de toda España — que fuera de las tablas había continuado el amoroso idilio y que Don Juan repetía incansable y a diario: «¡ Doña Inés del alma mía !».

Pura calumnia. Los amigos de Benavente lo negaron entonces y el propio Don Jacinto lo desmintió recientemente al declarar, para que se diga y se publique, que jamás se ha enamorado de mujer alguna.

El rasgo es interesante e indispensable para hacer bien el retrato; pero no viendo yo la manera de hablar de cosas tan íntimas, sin parecer indiscreto, dejo que hable de ello el único que sin faltar puede hacerlo: el propio Don Jacinto Benavente.

Transcribo la confesión íntegra y larga del interesante libro *Los domadores del éxito*, de González Fiol, (*El Bachiller Corchuelo*), y copio literalmente :

«Dejó caer (Benavente) la mirada en el cuestionario, y, al notar mi intranquilidad, se apresuró a decirme :

—Le veo a usted, señor curioso, un poco inquieto ante el efecto que pueda hacerme la pregunta con que acabo de tropezar en este cuestionario...

—Le hago a usted la misma advertencia que pienso hacer a todos — le repliqué yo. — Cuando tropiece usted con una pregunta indiscreta o cuya contestación le sea violenta, la pasa usted por alto, como si no la hubiese visto ; que yo me guardaré bien de llamarle la atención... Precisamente las llevo por escrito para que, delicadamente y sin molestia para ambos, pueda omitirse la respuesta, y para que el público ignore si es que yo no pregunté o que no quisieron responderme...

—Pues yo voy a responderle. No he sido enamorado nunca. Más claro : no me he enamorado nunca. Ninguna mujer me hizo sentir el amor.

Yo me quedé atónito ante tal confesión.

—¿Es posible? — le pregunté estupefacto, resistiéndome a creer en la sinceridad de tal confesión.

Desde entonces no cesé de observar al insigne maestro. En su semblante, tranquilo por cierto, se concentró toda mi atención.

—No le extrañe a usted. Lo que ustedes creen enamorarse es cosa muy distinta del verdadero amor. Es muy posible que usted no lo haya sentido jamás, a pesar de creer que se ha enamorado muchas veces. Si analizáramos ese sentimiento y estudiáramos bien nuestra alma, y todos tuvieran el valor de mi sinceridad, ¡qué mal librado saldría el amor!

—Conforme — dije, y me quedé pensativo.

Una idea me preocupaba con tortura de obsesión... Sabido es que todos los poetas tienen fama de haber sido grandes amadores y amados con locura... Entre los recuerdos del gran poeta, ¿no había algún idilio interesante, alguno de esos episodios que, cuando se avanza en edad, se califican de aventura, sin perjuicio de recordarlo con fruición y con deleite; algún amor rápido, algún amor siquiera de esos que, como ha dicho el propio Benavente en una comedia, *son el principio de una novelita, de una de esas novelitas que no se desenlazan nunca en la vida; que dejan un «Se continuará» en el corazón, así entre esperanza y recuerdo, entre dulzura y tristeza...; un «Nunca, nunca», que por ser tan nunca es para siempre;*

un amor de esos que son como los niños que mueren, que no dejan más recuerdo triste que el de su muerte?...

Por fin, pregunté:

—¿De veras no recuerda usted ningún idilio suyo, ningún instante, aunque haya sido fugaz, de enamoramiento o cosa parecida?

—Ninguno.

—Entonces, ¿cómo ha creado usted esos tipos de mujer tan reales, tan bien estudiados?

—Por lo que he observado, por sus confianzas. Yo he sido confidente de muchas mujeres interesantes... como estudio...

—Sin embargo, en varias obras de usted he creído ver un mismo tipo de mujer, el de esa mujer fatal, como suele llamársela, que han encontrado casi todos y que les ha desgarrado el alma...

—Esa mujer fatal yo la he estudiado en cabeza ajena.

—Pues hay quien cree que *La gata de Angora*, cuya protagonista es la mujer fatal a que me he referido, y la que yo he creído ver en otras obras de usted con distintos nombres, por ejemplo, en *Al natural* y en *Sacrificios*, hay quien cree que esa la ha padecido usted, que quizá le haya hecho llorar...

—Pues no. Es verdad que esa mujer se repite

en esas obras y en alguna otra, y que me las inspiró una sola... Como también, en el fondo, son una misma mujer la protagonista de *Rosas de otoño* y la de *Señora ama*. Pero eso no quiere decir que yo las haya padecido. He visto cómo la padecían otros. Y si esa explicación no le satisface, como tampoco les satisfizo a otros, añadiré que tal vez el haberlas pintado así obedezca a que si yo hubiese nacido mujer, quizá hubiera sido de ese modo...

—Sin embargo, dicen, cuentan...

—No crea usted más que mis palabras. Ya sé a qué se refiere usted. Cuando yo fui empresario, una vez que me dió por ahí la ventolera, (1) se dijo que si la Geraldine... Lo niego en absoluto. Aquella mujer no era capaz de sentir más pasión que la de su belleza, que para mí sólo era motivo de risa cuando me increpaba furiosa porque al anunciar su nombre en el cartel habíamos omitido el adjetivo bella. «Yo soy la bella Giraldine, y de no ponerlo así, no saben que soy.» Por lo demás, era insensible como un plomo. Ni frívola siquiera. Su padre es el empresario que sale en *La fuerza bruta*.

(1) La ventolera se ha repetido: Benavente se ha hecho otra vez empresario, con gran acierto y con muy buena fortuna.—M. Q. de O.

—Y la gente creía que era otro empresario de circos...

—Ya lo sé. También se ha hablado de Rosario Pino... Con Rosario no he tenido más que una amistad muy fina. Pero nada más... Además, sólo es interesante como artista...

—Bueno. Quedamos en que no ha habido ningún idilio...

Y, sintiéndolo, añadí:

—Invéntelo usted.

—No; ¿para qué?»

La declaración es terminante y, sin embargo, no todos la creen sincera.

Los íntimos de Benavente creen conocer su historia sentimental: una historia breve y triste, que literatizada con poesía y con discreción, nos ha contado el mismo protagonista del fugaz idilio amoroso en su magistral comedia *La gata de Angora*.

La dedicatoria misteriosa que Benavente escribió en la primera página, al dar a la prensa esta comedia, parece dar fundamento a la sospecha.

La enigmática dedicatoria sólo tiene estas palabras:

A...

5 Febrero 1900

JACINTO.

Es un cordial homenaje breve, misterioso, dulce como un beso en plena boca, de pasión y de pecado.

¿.....?

Es muy posible que la Silvia voluble y el Aurelio desdeñado y adolorido no sean puras ficciones: quizás sea la ingrata una bella y dolorosa realidad y el artista atormentado Benavente.

Pero, ¿por qué hemos de dar más valor a nuestras malicias y a nuestras sospechas que a las terminantes y repetidas afirmaciones de Don Jacinto?

Si no habíamos de darle crédito, fuera insensato pedirle que nos abriera su corazón. Atengámonos a sus palabras: «*Ninguna mujer me ha hecho sentir el amor*».

Y ahora, conocida la sincera y categórica confesión de Benavente, apreciarán los lectores la sonrisa desdeñosa que dió el misógino escritor como sola réplica al anónimo satírico que pretendió molestarle o ponerle en evidencia a raíz del buen éxito de la comedia benaventina titulada *Una señora*.

El epigrama decía así:

El ilustre Benavente
 ha estrenado *Una señora*,
 y a coro dice la gente:
 ¡Ya era hora!

.....

Pero este retrato tiende a la caricatura y empieza a ser maldiciente. Avergonzado y arrepentido lo suspendo, aunque dé enojo a los curiosos, con curiosidad equivocada y torpe, que creen conocer bien a Quevedo porque han leído que era barrigudo y patizambo.

Y por no dar necio deleite a los que quisieran saber cómo es el gran Benavente desde la cintura abajo — ¿qué nos importan sus piernas ni sus juanetes? — dejo en busto éste que muchos quisieran retrato de cuerpo entero.

De esta suerte nuestra admiración y nuestros ojos sólo podrán detenerse a contemplar con asombro la nobleza generosa de su corazón de artista y la majestad sublime de su cabeza fecunda.

Los que van de boca en boca

EN esta primera parte he contado, lo mejor que yo he sabido, algunos rasgos de ingenio atribuidos a Benavente.

Yo te suplico, lector, que no pases a leerlos sin antes darte el trabajo de tomar bien en memoria algunas explicaciones que he juzgado inexcusables.

Es la primera rogarte que perdones la desmaña con que yo cuento los chistes, que a mi me han contado bien. Los más de ellos son de tal índole que exigen, para ser bien entendidos por todos, aclaraciones y datos, que alargando la agudeza, le quitan la espontaneidad, la concisión y la sorpresa, que son las sales del epigrama.

Con alguna habilidad y algún ingenio te hubiese aumentado el gusto y reforzado el deleite, sazonando con destreza mis explicaciones y mis advertencias obligadas. Pero ya que no he podido ser habilidoso ni gastar ingenio, me complazco en resaltar, para que no me juzgues bobo incurable, ni necio sin compostura, que antes que me los reprendas tengo yo vistos los defectos de mi prosa,

que más que nadie lamento, porque a más que a nadie dañan.

Hecha ya esta contrición, vamos, sin perder más tiempo, a otras aclaraciones que me interesan.

¿Son real y probadamente de Jacinto Benavente los rasgos de ingenio que refiero como suyos?

No lo sé; no puedo saberlo; no lo afirmo.

Ya tengo dicho, en los *Apuntes para el retrato de Benavente*, que sólo he tenido con el insigne escritor dos brevísimas conversaciones. Soy su admirador, pero no su contertulio. No he tenido ocasión, por consiguiente, de oír de sus propios labios ninguna de las agudezas que le atribuyo.

Como de Benavente me las han dado de balde y como de Benavente las vendo yo, y no muy caras, a los que comprenden mi libro. Los que lo lean prestado — ¡y mal provecho les haga! — las tendrán al mismo precio que yo. Nada pueden reclamarme.

Quede ésto bien entendido, para descargo de mi conciencia, y para evitarme, con tiempo, enojosas reclamaciones de los averiguadores de paternidades, que crean que son de otros ingenios las sátiras incluseras que he encontrado en el arroyo y prohijo yo amoroso, para que no se corrompan y para que no se pierdan, riesgo que corren las bellezas trotacalles, huérfanas y desamparadas,

expuestas siempre a tropezar con bellacos listos y fatuos granjeadores.

No hay propiedad más insegura y robada que la de los chistes ingeniosos. Los repetidores de una gracia la adjudican sin empacho a cualquier gracioso acreditado, o se la apropian tranquilamente.

Como obra póstuma del inolvidable Pompeyo Gener se ha publicado un mal extracto de sus Memorias. En este libro, hecho sin amor y con ligereza, para explotar la muerte del pobre Peyo, hay unas líneas trabajosas e inacabadas en las que Gener protesta de que amigos torpes o aviesos le hayan colgado *acudits* que no fueron nunca suyos. La indignación es sincera.

A la inacabada protesta sigue una nota de los editores en la que declaran que como el autor dejó este artículo sin terminar, ellos van a remediar el daño refiriendo como puedan algunos chistes de Peyo.

Y escriben los editores :

«Peyo está en el «Lyon» y lleva más de media hora esperando un bistec. Impaciente llama al mozo :

»—Su cara no me es desconocida—le dice.—Juraría que le he visto ya hace tiempo.

»—Es posible... Antes servía en el «Suizo».

»—No, no ; hace más tiempo.

»—También he servido en el «Continental».

»—No ; ¡ antes, antes !

»—No caigo... Como no fuera cuando era chico, en casa Simón...

»—¡ No !... ¡ Ah !... ¡ Ya caigo !... Ya sé de cuándo le conozco. ¡ De cuando le pedí un bistec, que estoy esperando todavía !»

Todos mis lectores conocerán la agudeza y a su verdadero padre. ¡ Si Gener levantara la cabeza protestaría indignado.

Pero no todos protestan.

Muchos autores festivos, que pasan por ingeniosos, no tienen otro caudal que el que se forman, pacientes, recogiendo por las calles los chistes abandonados, como quien coge colillas. Y como auténticos y experimentados colilleros, cuando tienen lleno el bote, lavan bien y manipulan la vil mercancía, que ha andado en todas las bocas, y nos la venden, osados, como tabaco exquisito cultivado en sus ingenios. Asenjo y Torres del Alamo, no se toman ni el trabajo de quitar el sabor acre y el mal olor a las puntas que en el arroyo recogen.

En *El ilustre prócer* — una de sus peores comedias — han volcado, sin ningún pudor, los sendos botes, dejando caer revueltos cigarros de vitolas afamadas, tirados sin apurar, y cocheriles y

diminutas colillas del tabaco más vulgar y más gastado.

Hay también colilleros vergonzantes.

Sirva de ejemplo y lección lo ocurrido con la famosa quintilla, que fulminó justiciera el inseguro renombre de Don Federico Urrecha:

«En Bombay dicen que hay
terrible peste bubónica,
y aquí Urrecha hace la crónica
de un drama de Echegaray...
¡ Mejor están en Bombay! ».

El epigrama no es más que uno, los versos cinco; los supuestos padres pasan de veinte.

A todos los escritores con fama de ocurrentes y agresivos atribuyó la malicia la paternidad desconocida.

Benavente, que fué uno de los sospechados, se apresuró a declarar que aquel inclusero no era hijo suyo, aunque bien lo parecía, por lo zumbón y travieso.

Pero no todos los que se nos dieron como padres, sin razones y sin pruebas, declararon su inocencia, haciendo creer, con su silencio taimado, en la posibilidad de que el epigrama fuera suyo. La supuesta paternidad les halagaba porque el chiquitín era

gracioso. Sólo el padre verdadero no ha dicho este chico es mío, y así sigue siendo la quintilla como bien mostrenco, que cualquier habilidoso puede apropiarse.

No es este caso excepcional, sino muy corriente. Todos los días caen al arroyo, lanzados por manos desconocidas, agudos chistes, frases traviesas, flores de ingenio que todos cogen y lucen porque a nadie pertenecen.

¿Quién fué el primero que dijo lo de *El Carretero audaz*, equivocando travieso el seudónimo arrogante de José María Carretero?

¿Quién apodó justiciero *Ni lo uno ni lo otro* a Cánovas y Cervantes?... ¡Oh, ironía de los nombres! Para que la burla del azar fuese completa, sólo faltaba que en la pila bautismal le hubiesen puesto Homobono.

¿Quién daría a Luis Oteyza el remoquete certero de *Mono sabio*, pregonándole en un mote sus tres peores defectos: su cinismo bullicioso; su literatura de remedo y su inmoderado afán de trepar y de elevarse?

De estas tres inclinaciones simiescas, la de estar siempre en lo alto es la más acentuada y la más dañosa, porque como tiene dicho un observador juicioso, cuanto más suben los monos, más se les ve el rabo... y lo que el rabo debe cubrir.

¿Quién sería el sagaz clarividente que llamó *Robespierre Codorniu* a Salvatella, adivinando con tiempo que la palabrera demagogia que le llevaba al Congreso era pura imitación, espuma, taponazo, ruido? La agudeza del satírico es esta vez más admirable, porque puso el mote cuando Salvatella no se había *destapado* todavía, dando ya franca ocasión a que conocieran todos que su atronador vinillo republicano era sólo de marbete y apariencia.

¿Quién ha tenido el ingenio de apodar a Don José Ortega y Munilla *La Mari-Focela del periodismo*, para evidenciar, con el recuerdo de la mediocre cupletista del bien explotado *Viva España*, el patrioterismo verboso, viajero y productivo del fecundo periodista?

Y, sin dejar a Mari-Focela, ¿qué barcelonés sensato llamó el *Pendón de Castilla* a esta ya olvidada artista, — ídolo de una semana — convertida, por el atolondramiento de unos pocos bulliciosos, en símbolo gritador y desafinado de un patriotismo entendido con torpeza?

Era la insignificante cupletista poco pretexto para tanta agitación; poco motivo para contraponer un españolismo alborotado a un catalanismo intemperante e inoportuno.

¿A qué zumbón madrileño se le ha ocurrido lla-

RASGOS DE INGENIO

mar *La Unión General de Trabajadores*, al centenar de holgazanes satisfechos que, en permitiéndolo el tiempo, hacen impúdica ostentación de su poltronería y su bienestar, repantigados en los cómodos sillones de las terrazas contiguas del Casino de Madrid, el Hotel Regina y el café Maxim's?

¿Qué ingenio desconocido echó a la calle, para regodeo de incrédulos, la afirmación burlesca de que el mayor milagro hecho por el milagrero Cristo de Limpias era... *hacer pasar por Limpias a muchas sucias?*

¿Qué satírico irrespetuoso y certero habrá dado al señor Francos Rodríguez el remoquete de «*El Rumiante Liberal*», tratando de ponderar el poder masticador y deglutivo de las incansables fauces del más banqueteadado y *ruidoso* de nuestros engullidores políticos?

¿Quién ha llamado *Carmenceta* o *la Mala Cocinera* a doña Carmen de Burgos (*Colombine* por mal nombre), autora desventurada de un arte cocinero, hecho a punta de tijeras, que enseña a quemar las sopas y a aborrecer la comida?

¿Quién comparó con los tranvías a las pelanducas... *ambidiestras* (yo no quiero ser más claro), que para tomar pasaje le dan la misma importancia a las dos opuestas plataformas?

¿Quién apodó *side-cars* a las sufridas señoras

de compañía, a las que, con travesura también, se les llama *carabinas*, por andar siempre *cargadas*?

¿Cómo saber quién fué el maligno maldiciente que ponderó al mismo tiempo la mediocridad artística y la pertinaz y aparente juventud de la actriz X... (seamos piadosos) diciendo de ella que es cómica tan detestable que no *representa* ni la edad que tiene?

Cuando estuvieron en plena boga los *colmos*, las comparaciones y las adivinanzas burlescas, se hizo un derroche de buen humor y de gracia.

Cierto que llegó pronto el hastío y hubo que huir de los graciosos como de una mala plaga. Pero no causaron el mal los ingeniosos, sino los necios metidos, por imitación y por contagio, a improvisadores de agudezas. Los discípulos de Pérez Zúñiga, el viejo bufón, y los imitadores de Muñoz Seca, el descoyuntador de vocablos, hicieron odiar las chanzas a fuerza de envilecer el idioma y de vomitar dislates.

Pero, en aquel brutal diluvio de malos chistes, se destacaba de vez en cuando una agudeza de buena estirpe, una ironía sutil o un epigrama cruel.

De un conde muy popular se dijo entonces que se asemeja a la urraca... porque la urraca roba y *esconde* y el comparado *es conde* y roba. Al poner

RASGOS DE INGENIO

nombres, responda cada cual de su malicia. Yo tiro sin apuntar.

A un general *izquierdista* que siempre daba una razón de prudencia (muy parecida al temor) para no intentar el golpe que de él esperaban sus correligionarios de barricada, se le comparó con el cerro... *porque a la izquierda perdía todo el valor.*

De las mujeres se dijo que eran como las manzanas: cuanto más maduras, más tiernas.

Nadie sabe quién o quiénes hacen estas justicias epigramáticas; pero ocurre en ocasiones que el hijo, aunque engendrado sin gran amor, sale con las facciones del padre. La frente, la nariz, y sobre todo la boca, son, sin género de duda, idénticas a las de un hombre ya popular, de ingenio reconocido.

A este parecido inevitable he dado fe para declarar engendros felices de Benavente, los rasgos de ingenio que, repito, como puedo — aunque no como debiera — en esta primera parte.

Todos ellos tienen las características inconfundibles de quien les dió gracia y vida; son *breves*, *vivos* y *punzantes*, cualidades de la abeja y del perfecto epigrama, según lo pedía un clásico; son además — y esto con la pequeñez y la agudeza los asemeja por completo a Benavente — fríos e hirientes como puñal toledano.

Pudiera ocurrir, con todo, que fuese el mismo Benavente quien se diera prisa a sacudirse los hijos que yo le cuelgo, declarándolos molestos y pegadizos.

Si lo cree cómodo o justo hágalo, sin vacilación y sin reparo, que yo tomo desde ahora a mi cargo y a mi cuenta reparar los daños y apechugar con los sinsabores que puedan proporcionar estas travesuras que prohiyo voluntario. Y nada haré que no deba, tomando yo los disgustos y dejando a los padres de las burlas, las alabanzas, que ellos mostraron ser burladores discretos y yo evidencio, al vocearlas y darles vida perenne, poco temor al escándalo.

No es mi intención, sin embargo, tan dañosa como creerán los pacatos a primera y mala vista.

Buscando divertir con la agudeza, sin dañar con la intención, he suprimido los nombres y esfumado las personas. Si la mala intención da en poner nombres donde yo puse iniciales y hace luminoso y claro lo que yo llené de sombras, sería injusto hacernos reos ni a Benavente ni a mí de las bien probadas culpas de los malintencionados.

Todavía he llevado mucho más lejos la precaución, para evitar y evitarme innecesarios enojos.

Quitándole importancia de ingenioso a Bena-

RASGOS DE INGENIO

vente, y rebajando el interés de mi libro, he suprimido, como si no los supiera, una veintena cumplida de epigramas, que creo benaventinos, y que por ser personalísimos y muy ajustados, como hechos a la medida, no admitían composturas, cortes ni amaños.

No sé si los que por fuerza callo son los mejores, pero sí aseguro que, por ser justos, son los más escandalosos.

Si fuesen míos, si mi pobre ingenio hubiera sido capaz de condensar, como Benavente lo ha hecho en muchas ocasiones, en una frase oportuna, el desprecio que merecen muchas famas de oropel, muchas virtudes de pega, aquí irían mis sentencias, amparando mi conducta, como ya la amparé en un pobre libro mío, que fué tildado de escandaloso, en estas fuertes palabras de Epicteto:

«No temas a la injusticia, al destierro ni a la muerte: Sólo se ha de tener miedo al miedo.»

Pero no se trata de cosas mías y la discreción me fuerza a no dar a Benavente otros enojos que los que sin remedio le habré ocasionado, por no haber acertado a reproducir con habilidad ni gracia sus chistosas agudezas.

Falto de pretextos buenos y de excusas atendibles que granjeen indulgencias a mis yerros, me amparo tímido en el ingenio del propio Benavente,

repitiendo las palabras que le dictaron la devoción y la modestia al escribir el hermoso prólogo de *Cuento de amor*: «Un escritor humilde pide admiración para Shakespeare en lo admirable y para sí toda censura».

Donde puso el nombre del inmortal inglés Benavente, pongo yo el suyo, haciendo mía la súplica, que es así bella, por estar hecha con palabras suyas, y queda ahora más justificada por ser mi gran devoción quien la repite y mi verdadera y atrevida insignificancia la que pide el justo fallo: a Benavente toda alabanza; para mí todo el castigo.



IR POR LANA...

TODOS mis lectores se deben de saber de coro la conocida fábula de Samaniego :

*Dijo la zorra al busto
después de olerlo :
—Tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.*

En mala hora se acordó de ella una mujer de reputación dudosa, la que queriendo embromar a Benavente, dándole vaya y jugando del vocablo, le dijo, ingeniosa y agresiva :

*—Tu cabeza es hermosa
pero sin sexo.*

Benavente recibió la pulla sereno y replicó sonriente :

—¿Y por qué no comienza usted la fábula por el principio?

¡ ALLÀ VA ESE !

La responsabilidad de este rasgo se la endoso por entero a Arturo García Carrafa. Yo copio sin quitar ni poner una coma, de su entretenido libro *Frases célebres de autores dramáticos*, página 101 :

«En el teatro de Lara, durante el estreno de *Lo intereses creados*.

La Domus representaba el papel de Leandro.

Entre bastidores hallábase Don Jacinto Benavente. Un momento conversó con la citada actriz.

La Domus le dijo :

—Me encuentro algo cohibida con este traje de hombre. La espada, sobre todo, me embaraza.

Y Don Jacinto la contestó en el acto :

—No, la espada no embaraza ; lo que embaraza es la vaina».

UNA PREGUNTA INOCENTE

He de empezar por hacer la presentación del preguntado. No es cosa fácil, porque por razones poderosas, que luego verá el lector, he de dar un gran rodeo para presentarle en forma que se sepa *qué es*, pero sin decir *quién es*.

Si yo pudiera escribir el nombre, o el apodo cuando menos, no habría más que decir, para que sin explicaciones enojosas entendieran todos pronto la gracia aguzada de la pregunta.

El personaje embromado es cómico y es marido. Como cómico aspira a hacer reír; pero no siempre lo logra. Como marido da risa sin pretenderlo.

Su mujer, que es también cómica — de mucha fama, por cierto, — ha tenido habilidad para hacerle representar, fuera de escena, los más graciosos papeles.

Yo no puedo ser más claro; pero estoy cierto que los lectores que no sean bobos del todo me han entendido de sobra.

Basta de exordio y vamos al toro.

Este cómico marido le decía a Benavente, entre adulator y compungido :

—Don Jacinto, me va usted a arruinar con su nueva obra ; mi mujer se ha hecho tres trajes.

Benavente sonríe y calla.

El sufrido esposo sigue :

—Para el tercer acto ha querido echar el resto. Hemos recorrido todos los comercios de Madrid ; pero por fin ha encontrado lo que quería : un terciopelo que es una preciosidad. ¡ Pero a qué precio ! ¡ A siete duros la vara !

Benavente, sin malicia :

—¿ Y cuántas varas ha tomado usted ?

DEFINICIÓN DEL CAFÉ MAXIM'S

Punto de reunión de todas las niñas bien de las casas mal y de todos los niños mal de las casas bien.

LO IMPOSIBLE

Una actriz famosa está iracunda.

Benavente, que es en aquella ocasión su confidente y siempre ha sido su fiel amigo, se esfuerza por consolarla, haciéndola abandonar sus alocados proyectos. La afamada actriz ha anunciado su propósito de renunciar al teatro:

—¡Yo no puedo respirar en este asqueroso ambiente!

—Vamos, calma, amiga mía.

—¡Pero, si es intolerable! Aquí sólo hay envidias, murmuraciones y calumnias.

—Usted exagera.

—¡Por caridad, don Jacinto, no me saque usted de quicio!... ¡No me tire de la lengua!

—Pero si está usted diciendo insensateces... ¡Calumniar en el teatro! ¿Cómo? ¿Quién? ¿A quién?

—¡Siempre!... ¡Todos!... ¡Y a todos!...

—Vamos, no diga bobadas... Inventa usted contra alguno una calumnia... y hace ya dos años que es verdad.

CERVANTES Y VALLE INCLAN

Si cayese este librejo en la mano del trabajoso estilista, y si su orgullo le permitiera leerlo, haría un mohín de enojo y pensaría soberbio que lo he titulado con error y con torpeza :

Debí titularlo así :

Don Ramón del Valle Inclán y Miguelillo Cervantes.

Una de las manías de Valle (aparte la de creerse el más escritor de todos), es la de dejarse quitar la vida antes que quitarse el *don*.

Este don, que nunca olvida, el tasar sus obras en viejos reales vellón, que ya no corren, y el empeño con que trata de dar a sus libros nuevos aspectos de cosa vieja, indican bien a las claras la poca sinceridad de este hombre, para quien la vida ha sido una dolorosa farsa.

Su historia, aunque sin ser tan complicada ni aventurera como él dice, está plagada de sucesos tragicómicos y es aleccionadora y curiosa. Es lo más triste y lo más raro de ella que al acabarse su

vida no podrá decir que la ha vivido, porque en perpetuo comediante, se ha agitado y se ha movido, buscando siempre en los otros la admiración y el aplauso.

Quizá algún día hagamos toda su historia. Hoy no importa a nuestro objeto escribir más que un capítulo.

Conviene que sepan los que lo ignoren, que Valle Inclán perdió un brazo de manera poco heroica. Fué en un cafetín madrileño y en una riña plebeya. Unas palabras airadas y un bastonazo pegado con más mala suerte que intención. Total nada; una pendencia vulgar, a la que dió tonto origen la mordacidad de Valle Inclán.

Otro cualquiera hubiera soportado su desgracia con resignación y como advertencia. Valle Inclán la ha explotado con orgullo.

Más de una vez he oído yo decir a Valle Inclán que por sus escritos y su manquedad era el igual de Cervantes.

Yo le escuché con asombro; pero no encontré palabras que oponer a su soberbia.

Pero, el sagaz Benavente, que conocía el origen

de la manquedad de Valle, sí que encontró la manera de reprender su osadía.

Un día extremaba Valle Inclán su torpe comparación, afirmando con aplomo :

—En España sólo ha habido dos escritores que escriban en español: yo y Cervantes. Y, rara casualidad, Cervantes era manco y también yo he perdido un brazo.

—Valle, que no fué en Lepanto, — le replicó Benavente, oportuno, aniquilador y sonriente.

BENAVENTE EXAGERADO

El triunfo rotundo y fácil de Enrique Borrás (el Abel artístico de los dos Borrás actores) en la escena castellana, hizo otra baja en las filas, no muy compactas, del teatro catalán.

Una actriz de cierto mérito, anunció de improviso y con firmeza que pasaba el Ebro y cambiaba de habla en busca de más resonantes triunfos. Y dicho y hecho.

Al principio no chocaron en Madrid sus gestos

ni sus arranques de actriz ; pero chocó extraordinariamente su acento. El castellano en su boca sonaba un poco cascado.

Ella se dió exacta cuenta de que aquel defectillo de pronunciación podría malograr sus planes y se aplicó con empeño a corregirse. Su primer cuidado fué imitar a su émulo e inconsciente tentador, Borrás, en lo de renunciar de por vida a hablar su lengua, dentro y fuera de la escena : al pan, pan, y al vino, vino.

A sus familiares les obligó también a que la hablasen en castellano, aunque fuese con trabajo.

Me han dicho — tal vez no sea verdad — que tomó, con picardía, una doncella vallisoletana y una cocinera burgalesa para aprender de las dos a pronunciar limpiamente las *zetas* y las *des* finales : su mayor defecto de prosodia era decir *corasón*, *sorro* y *Madrid*.

Muchos más esfuerzos hizo ; pero todo inútil.

Las demás dificultades de su ofició las vencía poco a poco. Aprendió buenas maneras, mejoró notablemente su gusto para elegir los vestidos, se hizo

pronto repertorio. En fin, que todo iba bien ; ¡ pero aquel acento !

Parecía la dificultad una maldición del Cielo, por haberse alejado de los suyos, renegando de su teatro y renunciando a su lengua.

Pero, con acento y todo, encontró una Prensa lisonjera y fácil, que la colmaba de elogios y le prodigaba adjetivos gratos.

El incienso la embriagó luego y, pensando hacerse rica, se metió precipitadamente a empresaria.

¿ El resultado ? Yo lo declararé con oportunidad en otro libro (1) :

«...El público cree quizás
que es la actriz que vale más ;
pero se le muestra hurraño
y no va a verla jamás,
por temor a un desengaño.
Y cuanto más encumbrada
se ve esta actriz celebrada
y más se dice que vale,
más se comprueba que sale
a chasco por temporada.

.

(1) *Retratos al aguafuerte.*

Pues con todo y proclamar
los críticos sin cesar
que es la primer maravilla,
no consiguen acercar
el público a su taquilla...»

Pero ocurrió — y vamos a lo que importa, que es el epigrama de Benavente — que, por curiosidad o por lo que fuese, se metió una noche Don Jacinto en el teatro de que era empresaria la actriz del acento contumaz. De los cien espectadores, era uno Benavente, que, como bien se comprende, no había pagado entrada.

Cuando acabó la representación (yo pienso piadosamente que esperaría al final) se fué Benavente al café, a reunirse y charlar con sus habituales contertulios.

Dijo de dónde venía y le preguntaron, curiosos, si había gente.

Sin detallar ni hacer comentarios, respondió que había poca.

Uno insistió:

Entonces, la pobre Z... está haciendo mal negocio; perderá dinero.

—¡ Va a perder hasta el acento ! — le respondió Benavente.

UN JUICIO DEFINITIVO

Dos admiradores fanáticos de una actriz de mucha fama, elogiaban con exceso el trabajo de su ídolo, cuyo mérito mayor es vestir muy bien las obras.

Benavente, ni negaba ni asentía.

Uno de los adoradores de la actriz-fetiché, quiso conocer la opinión de D. Jacinto.

—¿ Verdad que es inimitable ?

—En algunas obras, sí—respondió Benavente, justiciero.

Pero, sin duda, este elogio razonable le pareció frío y breve al fogoso admirador que tenía a aquella actriz como la mejor del mundo, y ya perdida la continencia, quiso imponer su opinión diciendo rotundamente :

—Papel que hace es papel bueno.

—Claro — le respondió Benavente — a fuerza de trapos, que es como se hacen todos los papeles buenos.



EN FAMILIA

En el bien provisto carcaj de Benavente hay saetas para todos, sin excluir a los que ama. Esto prueba más que nada que no es siempre su intención dañosa cuando hace un epigrama. Habla casi siempre derrochando ingenio, porque es ocurrente e ingenioso, por obra y gracia del mismísimo Hacedor que, con fines que Él sabrá, ha hecho a otros hombres y a los jumentos serios y graves.

Tiene Benavente un hermano mayor al que quiere

con verdadero amor fraternal. Se llama Avelino y es médico muy notable.

Benavente, embromándole, le dijo un día, asae-teando más a la Medicina que a su hermano :

—Cuando tus enfermos te ven llegar, deben decir, repitiendo las palabras de los gladiadores que iban a perecer ante el César : *Ave... lino morituri te salutant.*

UN DIAGNÓSTICO

Una actriz muy afamada (la llamaremos María, que es nombre que no descubre) se enamoró de un caballero que se llamaba don Tirso.

No sé la causa, aunque bien me la figuro, pero es lo cierto que la fogosa María se quedó en los mismos huesos algunos meses después de comenzado el idilio.

Los amigos de María se alarmaron seriamente.

Uno de ellos dijo un día a Benavente :

—Chico, María se va ; cada día está peor. Se muere.

—Sí, ciertamente, está malilla; pero tú exageras mucho.

—¡ Te aseguro que está tísica !

—No; *tísica* nada más — le respondió Benavente.

Por fortuna, Benavente bromeaba con razón. Pasó el amorío y se repuso la actriz. Fué la suya una enfermedad gustosa y pasajera en la que ha tenido luego muy frecuentes recaídas.

ADIVINANZA

Z... es un autor dramático aplaudido. Pero Benavente, que es todo un voto (mucho más voto desde luego que los más de los que aplauden a Z...) no cree en el talento de este habilidoso pergeñador de comedias, con latiguillos en prosa y tesis de similar.

La siguiente adivinanza prueba bien hasta qué punto es severa y negativa la crítica que Benavente hace de la aplaudida y provechosa labor de Z... Provechosa para Z..., claro está.

—¿Dónde salta la liebre?

—¿.....?

—En la cabeza de... Z... o *donde menos se piensa*, como asegura el refrán.

La forma casi enigmática en que aquí se publica la ingeniosa adivinanza, permite que cada cual la aplique al autor que le parezca.

Yo, por mi propia cuenta y riesgo, se la aplicaría a Linares Rivas.

Mis lectores pueden, si quieren, darle aplicación más nueva. Más justa, será difícil.

UN RECUERDO A «LA PECERA»

Cuenta también García Carrafa, como nacida en el café de Levante, de Madrid, una frase de Benavente que a mi se me ha referido como dicha en el viejo café de Fornos, donde tenían su punto de reunión los concurrentes a la inolvidable *Pecera*. A mi versión me atengo.

Fué la *Pecera* una celebradísima *peña* de artistas de mucho ingenio y de inagotable buen humor.



Benavente, Joaquín Dicenta, Valle Inclán y otros literatos que alcanzaron pronto notoriedad, constituían el elemento joven; el veterano y mordaz Don Salvador María Granés, encontraba en la simpática compañía de aquellos futuros maestros un ambiente muy adecuado a su temperamento epigramático y a su espíritu de muchacho .. de sesenta años.

En la *Pecera* leyó sus delicadas poesías el pobre Manolo Paso... Paso el *bueno*, como se le llamó, para que nadie le confundiera con su hermano Antonio, que valiendo mucho menos ha bullido mucho más.

A la *Pecera* iba Joaquín Dicenta cuando no esta-

ba de *juerga*, a discutir ingenioso con el saladísimo Félix Méndez o con el travieso López Marín.

En la *Pecera* hizo su teatral aparición Valle Inclán, recién llegado de América. Traía bien estudiada y compuesta la primera de las tres *cabezas* con que le hemos conocido: lacias y negras melenas, un gran chambergo y un cuello enorme con que pretendía vanamente cubrir unas profundas cicatrices que él decía, mentiroso, ser de heridas muy honrosas cobradas en descomunales combates allá en tierra mejicana.

Llegaba Valle Inclán con un reducido, pero muy exquisito bagaje literario, y traía aliento y orgullo más que sobrados para hacerse célebre. Era, y sigue siendo, conversador amenísimo, y durante mucho tiempo fué para todos los habituales a la *Pecera* un gran placer oír a Valle exponer sus teorías osadas y referir con aplomo *nunca vistas* aventuras, en las que era siempre el protagonista esforzado.

No había leído todavía las *Memorias del Abate Casanova* y estaba aún por inventar su fantástico

y aventurero tío el Marqués de Bradomín; pero ya lo presentía.

Era ya entonces Valle Inclán imperativo, atrabiliario y mordaz.

Censuraba con acritud a un escritor que tenía cierta fama, sin que pusiera un freno a su intención ni a su lengua, hallarse entre sus oyentes un hijo del criticado.

Caldeado Valle Inclán con su crítica cruel, llegó a aplicar un duro calificativo al viejo compañero despellejado.

El hijo de éste se puso en pie y dijo con dignidad, encarándose con el terrible censurador:

—Ese señor es mi padre.

—¿Está usted seguro? — le preguntó Valle Inclán...

Por mucho menos perdió un brazo algunos meses después.

Otro de los habituales de la *Pecera* era el gracioso Palomero, *Palomerín*, como le llamaban sus amigos, quien, según confesión propia se pasó la vida entre dos miedos: *de chico temiendo al coco, y de hombre al gonococo.*

En la *Pecera* improvisó Granés su intencionada quintilla contra el editor Hidalgo, amparo y terror al mismo tiempo de los autores dramáticos :

« ¡ Pobres los que se deciden
a pedir dinero a Hidalgo !
porque en el prestar no es *iden*.
Se llama Hidalgo, y da algo
mas nunca lo que le piden. »

Reuniéndose los frequentadores de la *Pecera* en un café tan concurrido como Fornos — en su buena época, que después las ha tenido desastrosas — y siendo la *peña* eminentemente democrática, no era fácil impedir que con los artistas ingeniosos se mezclara algún intruso sin otro título para alternar que su osadía o su necesidad.

Uno de éstos era un señor muy maduro, a quien le dió la chochez por hacer unos sonetos intolerables.

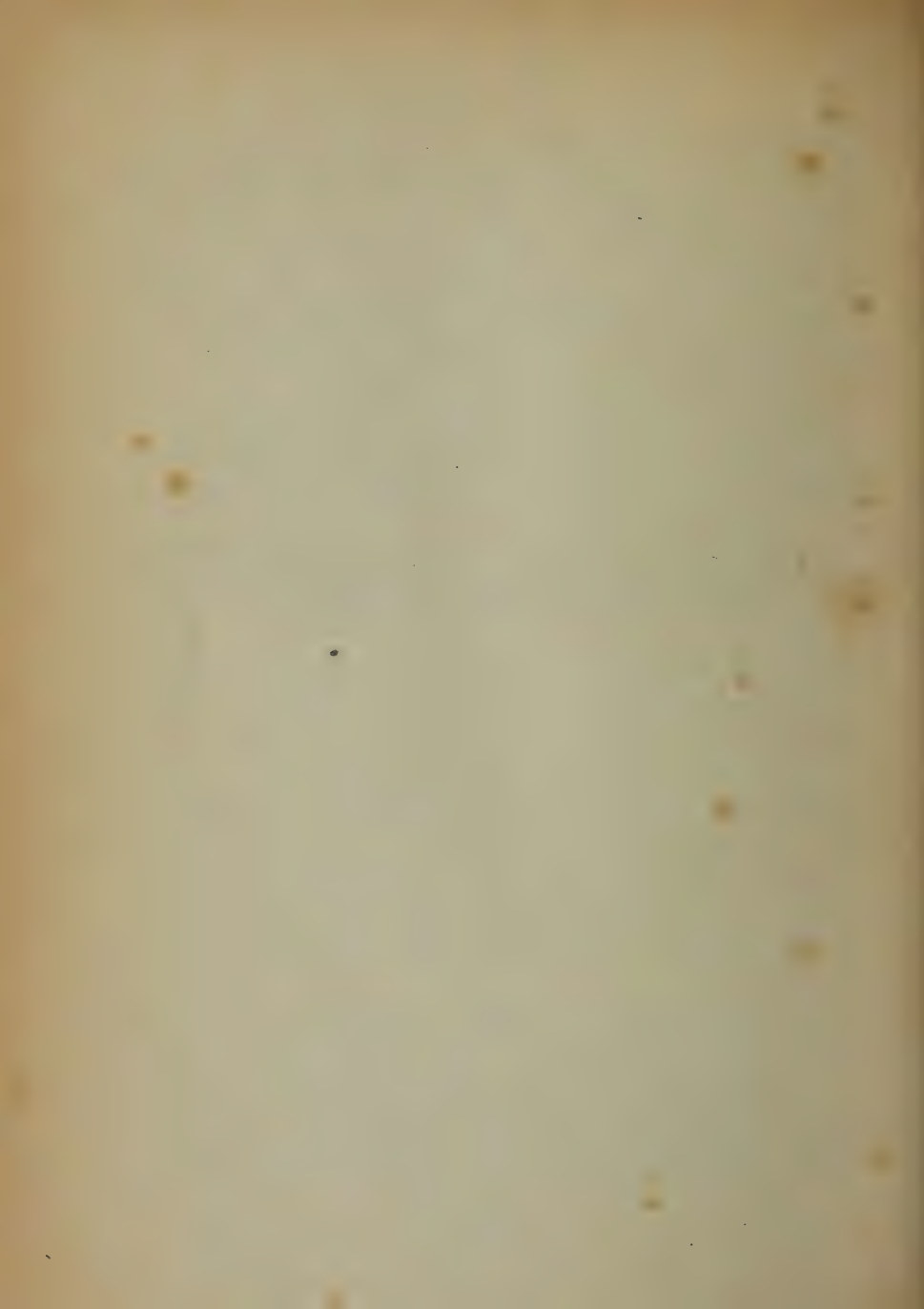
Y no era lo peor que los escribiera, sino que, abusando del respeto compasivo con que todos le trataban, no por poeta, sino por viejo, ni un sólo día dejó de leer a sus contertulios el soneto que

la noche antes se había sacado de la cabeza... o de donde se sacase el pobre diablo aquellos catorce versos, vulgarotes y ripiosos.

Un día llegó el anciano y, como de costumbre, leyó su soneto inevitable. Momentos después se levantó, diciendo que iba al retrete.

Como pasara media hora larga sin que volviera a ocupar su asiento, uno de los contertulios comentó, entre preocupado y burlón, la ausencia :

—«No te preocupes — le respondió Benavente — se habrá dormido sobre sus laureles».



Espiguelo literario

AL bautizar este libro adquiriré el ineludible compromiso de deleitar al lector con agudezas y donaires de Jacinto Benavente.

Si yo pudiese probar que son bien suyos todos, o cuando menos algunos, de los *rasgos de ingenio* que hasta aquí llevo contados, no habría más que decir. Muy exigente o muy negado había de ser quien no encontrase que ya le había colmado la diversión ofrecida.

Mas, temeroso de que Benavente niegue la paternidad a los que creo sus hijos, y no queriendo quedar en deuda con los lectores, busco tranquilizar mi conciencia dando cabo a mi tarea entresacando de libros del ingenioso maestro algunas frases con paternidad reconocida y honrosa.

Este trabajo, no será fatiga, sino placer.

Releyendo con devoción cuidadosa la vasta y rica producción literaria de Benavente, se ha afirmado mi viejo amor al poeta y ha acrecido mi admiración al fecundo comediógrafo. Mi inclinación al fino y mordaz satírico se acentuaba y se hacía más inteligente a medida que iba descubrien-

do en esta nueva lectura donaires insospechados y agudezas que, en fuerza de ser sutiles, no pueden ser percibidas en la fugaz y bulliciosa audición de las representaciones teatrales.

Yo creía conocer cuanto Benavente había escrito. Al releerle me he dado cuenta de que conocía sólo lo ruidoso y lo exterior de sus palabras; me faltaba lo mejor: sus almas bellas y luminosas.

Yo me entré osado en el florido jardín del exquisito escritor en busca de algunas rosas de ingenio para aromar estas páginas; pero, ¿qué flores cortar? Ante mis ojos tenía toda la flora; veían mis ojos todos los colores; percibía con placer muy diferentes aromas.

¿Debía elegir sólo las flores de colores vivos, desdeñando las graciosas florecillas de tonos bajos y dulces, gratos a muchos espíritus? ¿Cortaría con torpeza sólo las rosas de aromas embriagadores y penetrantes?

La solución más sensata hubiera sido llevarse todo el jardín; sólo así era posible dar una justa expresión de su belleza.

Mas no siendo esto posible, resolví hacer, atrevido, un desmoche atropellado, arrancando de distintas ramas las flores que me brindaban pródigas y generosas.

No van todas ni tampoco las mejores; pero van

las suficientes para que sea un recreo deleitoso este libro, que ha de servir — si se cumplen mis intentos — para que los que desconocen todavía al pensador y al poeta que es Benavente, sientan nacer, al saborear estas exquisitas golosinas, que les brindo como muestra, el anheloso deseo de conocer su obra íntegra.

Sólo estudiándola toda con amor inteligente, podrá aspirarse a conocer el alma luminosa, penetrante y varia de este original ingenio.



Es inútil contradecir ; basta *contrapensar*.

Para llegar pronto hay un buen medio : ir siempre a sitios que estén cerca.

No hay nada que se parezca a un hombre tonto como una mujer sabia.

¿Queréis ser agradables a las mujeres ? Hablad a las honradas con la misma libertad con que hablaríais a las que no lo son, y a las que no lo son, con el mismo respeto que si lo fueran.

Cuando ve uno en alto a muchos personajes, no se piensa cómo pudieron subir, sino de dónde pudieron caer.

Si la historia de la literatura española se escribiera a gusto de D. Miguel de Unamuno, sería lo más fácil de aprender : antes de él, nadie ; después de él, nada.

Un corsé viejo salva en muchas ocasiones la virtud de las mujeres.

Odiamos casi siempre al que tiene nuestros mismos defectos, porque nos parece que los desacredita.

Es posible que un español se resigne a no tener talento, lo difícil es que se resigne a que lo tengan los demás.

El genio es tan peligroso en el teatro, que yo me atrevería a decir que es temible.

De los genios me libre Dios, que de los malos cómicos me libraré yo.

Los que alaban la sabiduría de la Naturaleza, nos dicen que prodigó el color verde porque es el que menos daña a la vista. ¿No hubiera sido mayor sabiduría darnos una vista a la que no dañara ningún color?

Con lo obscuro se aparenta muy bien lo profundo, siempre que sólo se acerque a examinarlo gente de pocas luces.

Debemos interrumpir en el acto al empezar a hablar mal de nuestros amigos. Siempre es fastidioso volver a oír lo que ya se sabe.

Los *parvenus* son siempre ostentosos, lo mismo los del dinero, que los de la nobleza, que los de la honradez.

Lo que en amor parece muchas veces complicación psicológica, no pasa de ser... simplicidad fisiológica.

Podéis dar al pueblo toda clase de libertades; él se encargará de perderlas.

El que sólo es notable en un rincón del mundo, quisiera que aquel rincón fuera todo el mundo. ¿No es verdad, oh, regionalistas?

¡Bienaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán todos nuestros defectos!

En la vida de todo artista, entre el serás y el has sido, media lo que entre un día y otro: unas horas de sueño.

La mujer es superior al hombre, considerada por sí misma; pero inferior al perro, considerada como compañera del hombre.

No incurráis nunca en la tontería de decir a vuestra mujer que estimáis en más su virtud que su belleza, porque os exponéis a que ella os demuestre que hay todavía quien estima en más su belleza que su virtud.

Los confesores de mujeres saben muy bien que la severidad no aparta del pecado y aparta del confesionario.

La Iglesia, siempre hábil y previsora, decretó que a los curas se les llamaran padres, teniendo en cuenta que los niños son muy imprudentes en visita.

Si queréis engañar a vuestra mujer sin disgustarla, procurad que sea con alguna amiga suya que tenga fama de virtuosa.

Desde que algunos sabios dieron en decir que todos los hombres de genio están algo desequilibrados, no hay desequilibrado que no se crea hombre de genio.

¿Queréis conservar el prestigio de la popularidad? Criticad todo lo que se hace y no hagáis nunca nada. Sed siempre una esperanza.

Pocas veces acierta el odio en sus tiros, porque siempre juzga al enemigo demasiado alto; los tiros pasan sobre su cabeza sin tocarle.

Me entusiasman esas personas que, sea cualquiera el asunto de que se trate, son siempre de la opinión contraria. No hay que decir si admiraré a D. Miguel de Unamuno.

DE «AL NATURAL»

Don Paco.—Jugaremos a los académicos.

Eufemia.—¿Qué juego es ese?

Don Paco.—Hablar mal de toda la gente conocida por orden alfabético. Cada noche apuramos una letra; tenemos para veinticuatro noches...

Eufemia.—A mí no me gusta murmurar. ¿No le sería a usted lo mismo que habláramos bien?

Don Paco.—Entonces no tenemos más que para una noche.

DE «LOS INTERESES CREADOS»

Polichinela.—Yo pienso que sin dinero no hay cosa que valga ni se estime en el mundo: que es el precio de todo.

Sirena.—¡ No habléis así ! ¿ Y las virtudes, y el saber, y la nobleza ?

Polichinela.—Todo tiene su precio, ¿ quién lo duda ? Nadie mejor que yo lo sabe, que compré mucho de todo eso, y no muy caro.

Leandro.—Yo no puedo engañarme, Crispín. No soy de esos hombres que cuando venden su conciencia se creen en el caso de vender también su entendimiento.

Crispín.—Por eso dije que no servías para la política. Y bien dices. Que el entendimiento es la conciencia de la verdad, y el que llega a perderla entre las mentiras de su vida, es como si se perdiera a sí propio, porque ya nunca volverá a encontrarse ni a conocerse, y él mismo vendrá a ser otra mentira.

DE «ROSAS DE OTOÑO»

Laura.—Y su pobre mujer...

Gonzalo.—No sabe nada.

Laura.—O usted quiere figurárselo para tener un remordimiento menos. ¡Qué hombres! ¡Qué mundo! ¡Dichosa la hora en que no me casé!...

Gonzalo.—Pero ¿fué cuestión de una hora?

Carmen.—Acércate, Luisita. ¡Pobrecilla! Anda de un lado para otro.

Luisa.—Comprendí que no debía escuchar lo que hablaban ustedes, me acerqué allí y comprendí que tampoco debía escuchar... ¿Cuándo tendrá una edad para oírlo todo?

Laura.—Cuando menos te importe, porque ese día ya no tendrás que oír nada nuevo...

DE «EL NIDO AJENO»

...Los más elocuentes por dentro suelen ser los más silenciosos, los menos expresivos. Los que piensan poco, los más habladores. Como son pocas

sus ideas, pronto les dan salida, con fluidez pasmosa... ¡Es natural! Dos o tres personas solas pasan más fácilmente por una puerta que una multitud agolpada.

¿Qué me importa que en el fondo de un pozo haya un tesoro, si para llegar a él he de ahogarme?

¡Los dichosos aseguran que es muy difícil serlo! ¡Qué fácil recoger un brillante en la calle, cuando el pie lo tropieza! ¡Loco desatinado quien saliese de su casa todos los días, empeñado en tropezar con uno!

DE «GENTE CONOCIDA»

Aus.—¡Qué guapa está Conchita Borines!

Isid.—Es una mujer de primera.

Aus.—¿De primera? Es poco: de *sleeping-car*.

Hay mujeres que cuanto más declinan, más conjugan.

DE «EL MARIDO DE LA TELLEZ»

Ric.—...Esto va muy mal. Sin obra de don Teodoro no tiramos hasta Reyes. Necesitamos un autor de fuerza para subir la cuesta de enero.

Dieg.—Y don Teodoro es el encuarte.

Ric.—...Amigo Tellez, ¿viene usted a presenciar el triunfo de su querido hermano político?

Tell.—¡Y tan político! ¡Sin pizca de vergüenza!

Aren.—...¿Quiere usted que hagamos los Amantes?

Felicia.—¡Imposible! Aquí no se admiten los arreglos.

Aren.—¡Ya me veo en los cinco actos!! En el primero, traje de mañana; a la *boutonniere*, clavel

rojo. En el segundo, *habit de soirée*; a la *boutonniere*, crisantemo blanco. En el tercero, de viaje; a la *boutouniere*...

Tell.—¿De viaje? Siempre vivas.

Aren.—¡Oh! ¡Con esta obra me hacía yo un puesto en el teatro!

Tell.—Sí; el puesto de flores.

DESPEDIDA CRUEL

Casilda.—...La franqueza es la única virtud que se puede tener cuando no se tiene otra. Comprende que me hubiera sido muy fácil engañarte... En primer lugar, eres muy vanidoso, y los vanidosos creen tan fácilmente que son en todo los primeros...

Pepe.—Yo nunca tuve esa vanidad. La prueba es que me resigné a ser el último.

Casilda.—Eso sí, el último...

Pepe.—Y hasta eso me parece también vanidad.

DE JACINTO BENAVENTE

OPERACIÓN QUIRÚRGICA

Hipólito.—Propónle que huya contigo, exige algún sacrificio a su pasión inmensa ; que arriesgue su porvenir, su tranquilidad siquiera ; que te demuestre que no eres para él...

Clara.—¿Qué?

Hipólito. Nada..., lo que un médico, amigo llama «la economía de los solteros»...

Clara.—¡Hipólito!

Hipólito.—Perdón. Yo no lo dije. Los médicos tienen nombres muy rudos para cosas en apariencia muy poéticas...

DE «LA GATA DE ANGORA»

Condesa.—...Si no hubiera colegio para los chicos y Congreso para los maridos, ¿quién viviría en las casas?

Isidoro.—...¿Cómo ha de tolerar que se le contradiga delante de ustedes que le admiran tanto?

RASGOS DE INGENIO

Condesa.—No lo dirá usted por mí. Los artistas no son santos de mi devoción. En casa recibimos a dos o tres académicos, pero artistas no verá usted nunca.

Condesa.—Me habrán mandado los chicos a casa; hoy salen del colegio por extraordinario. Tenemos fiesta de familia. Aniversario de mi boda. ¡Quince años de matrimonio!

Rafael.—¿Quince años? Ya quedan menos.

Condesa.—Yo hubiera tenido mucho gusto en que nos acompañaran a comer algunos amigos íntimos; pero con los chicos en la mesa no me atrevo; los pequeños son tan revoltosos... y los chicos para los padres.

Rafael.—(*Bajo a Lola*) Entonces, ha podido ampliar las invitaciones.

DE «LA COMIDA DE LAS FIERAS»

Los amores son como los niños recién nacidos: hasta que no lloran no se sabe si viven.

La sociedad humana es democrática por naturaleza, tiende a la igualdad y de continuo, y sólo a duras penas tolera que nadie sobresalga de la común medianía ; para conseguirlo es preciso una fuerza : poder, talento, hermosura, riqueza. Alrededor de ella, atemorizados, más que respetuosos, se revuelven los hombres como fieras mal domadas ; pero, al fin, el domador cuida de alimentarlas bien, y el poder ofrece destinos, la riqueza convites, el talento sus obras, y las fieras parecen amansadas ; hasta que un día falta la fuerza, decae el talento, envejece la hermosura, se derrumba el poder, desaparece el dinero... y aquel día, ¡ oh ! ¡ ya se sabe, la comida más sabrosa de las fieras es el domador !

La vida es tan miserable, que todo son facilidades para hacer el mal y obstáculos para hacer el bien.

DE «TEATRO FEMINISTA»

Mamá.—...Cuando ví anunciado el teatro para

RASGOS DE INGENIO

señoras solas. vi el cielo abierto... Un teatro decente, sin hombres.

Directora.—El apuntador nada más... Intentamos servirnos de mujeres, pero no fué posible ; nos apuntaban muy alto.

Mamá.—Al lado de usted y en su teatro, mis niñas podrán hacer carrera sin riesgo alguno... ; Si viera usted qué disposición tienen!... Esta es todo corazón... ; Ya ve usted... hay que ponerla ballenas de acero en el lado izquierdo del corsé... Tiene una voz preciosa... pero no puede dedicarse al canto... se emociona de tal modo y canta con tal pasión que sin querer suelta un gallo...

Directora.—Naturalmente, el gallo de la pasión.

¿Qué mejor propaganda para el divorcio que el matrimonio mismo ?

DE «LA FARÀNDULA»

Guadal.—Hablando de política y fumando ex-

quisitos cigarros, estaban ustedes en sus glorias... y de las glorias de los hombres, a las mujeres sólo nos llega el humo.

Luis.—Y el sueldo y la viudedad.

Luis.—A mi padre no le hable usted de política.

Juan Man.—También yo decía...

Luis.—Sí; pero a mi padre no se le engancha con tanta facilidad.

Marq.—(*A parte*) No; rompería la lanza.

Aurel.—En España, la seriedad hace casi siempre las veces del talento.

Aurel.—Dios creó el mundo como artista, y a poco, como crítico, quiso borrarlo con un diluvio.

Aurel.—En los actores y en los políticos es muy frecuente que la frase preceda al sentimiento.

RASGOS DE INGENIO

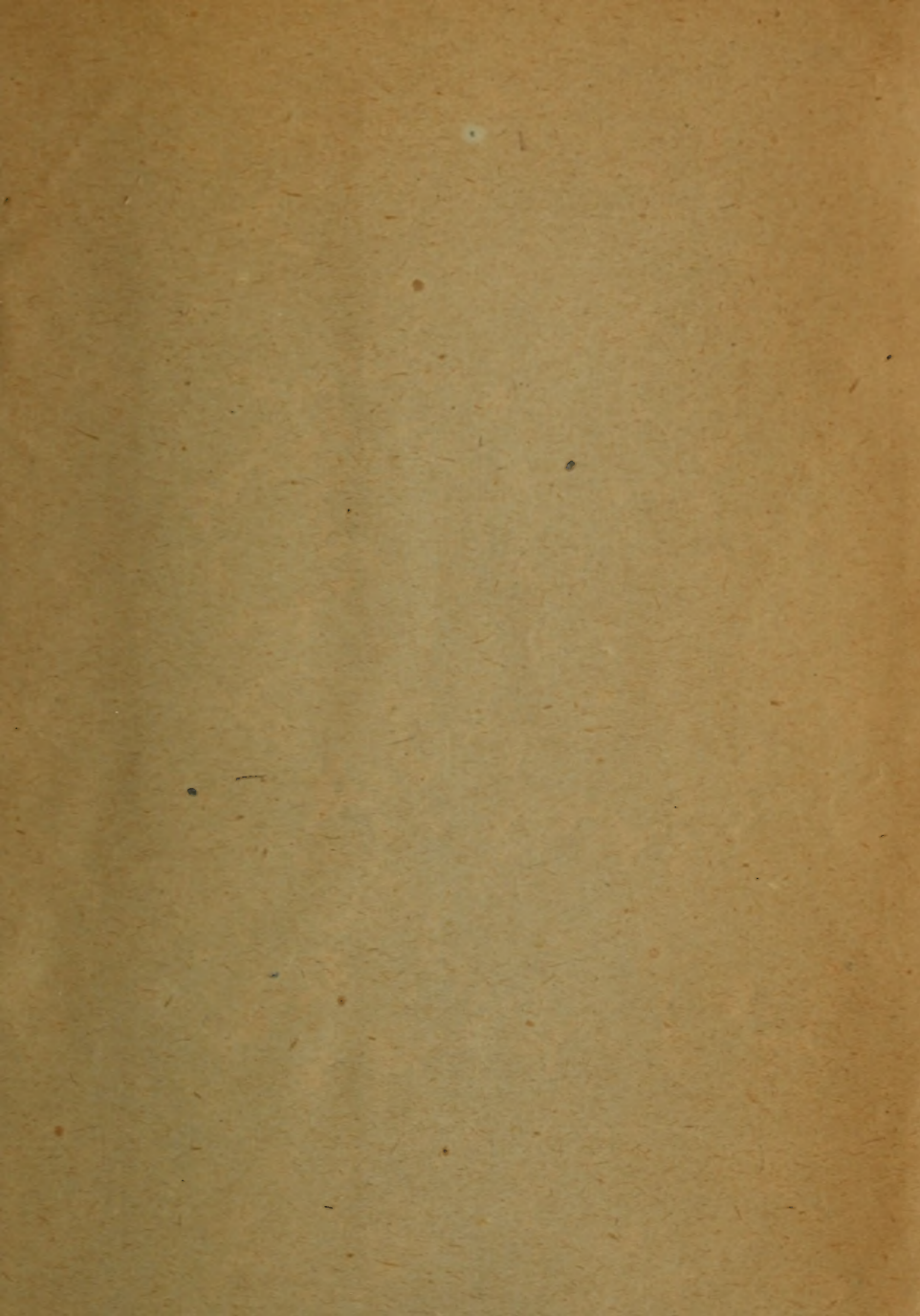
Laurel.—¿Que no tengo corazón? Es como si dijeran de Rothschild que no tenía dinero porque le vieran pasar por el Rastro sin comprar nada. Tengo corazón, pero no gasto un céntimo comprando en traperías.

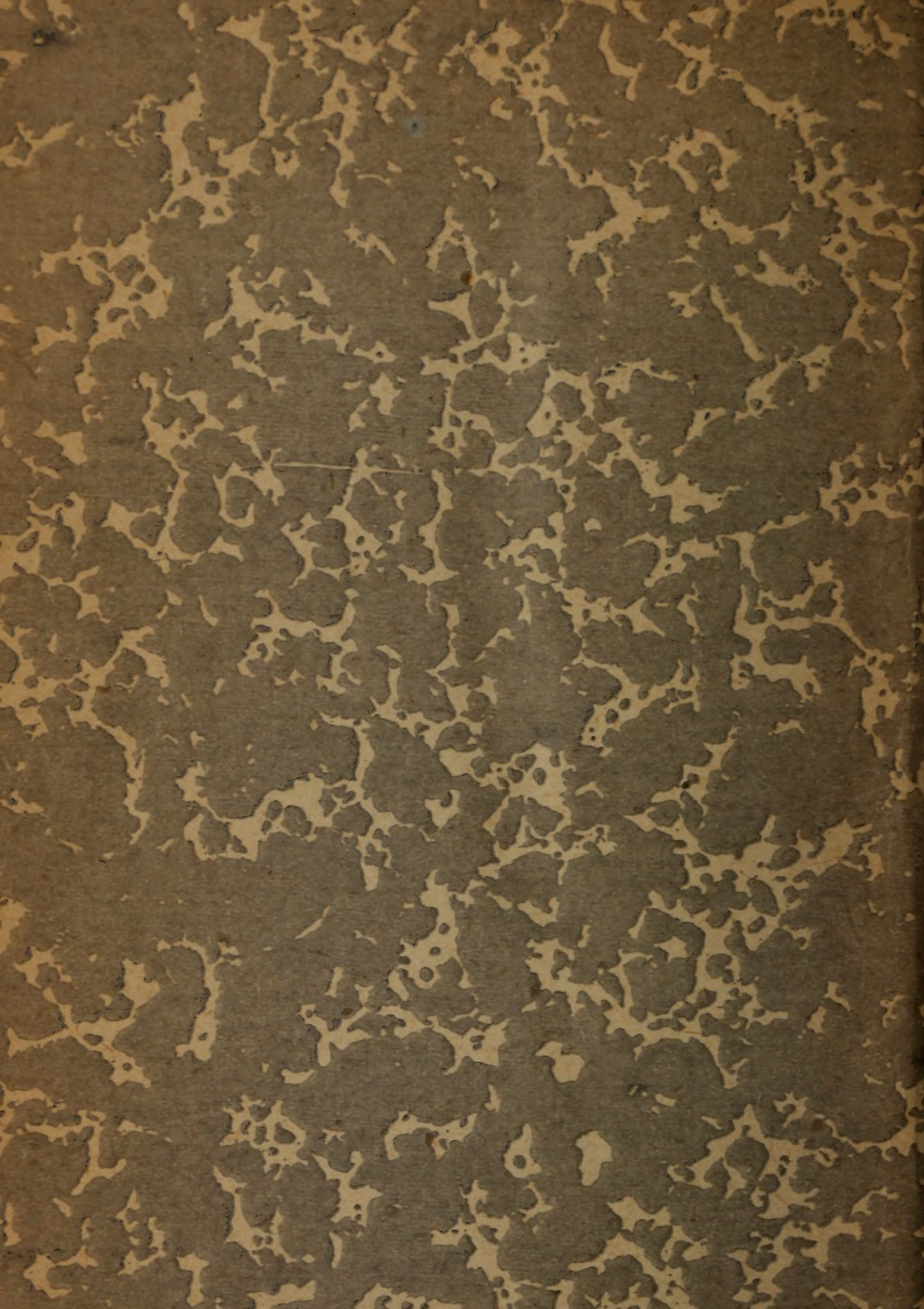


Indice

DEDICATORIA.	9
Jacinto Benavente, apuntes para un retrato. .	19
Los que van de boca en boca.	63
Espiguelo literario.	101

ACABÓSE DE IMPRIMIR ÉSTA OBRA,
«RASGOS DE INGENIO DE JA-
CINTO BENAVENTE» EN LOS
TALLERES GRÁFICOS
COSTA, DE BARCE-
LONA A 23 DE
JULIO
1921





Benavente, Jacinto

186490

LS.

Author Gil de Oto, Manuel

B456

.Yg

Title Rasgos de ingenio Benavente.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

